

La Manifestación Supramental sobre la Tierra

NOTA DE LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los ocho ensayos reunidos bajo el título de “La manifestación Supramental sobre la Tierra” fueron los últimos textos en prosa de Sri Aurobindo que estaba, por entonces, plenamente dedicado a la revisión de su poema Savitri que dictaba de viva voz, a causa del deterioro de su vista, a su secretario Nirodbaran. El primer texto corresponde al Mensaje que Sri Aurobindo dictó, a petición de La Madre, con motivo de la publicación del primer número del Boletín de Educación Física del Ashram, el 21 de febrero de 1949. La intención primera del Mensaje era animar a los jóvenes de la sociedad deportiva del Ashram, poniendo de relieve los beneficios que conlleva la práctica del deporte y subrayando la importancia del propio cuerpo, en una época en que el yoga se concebía únicamente como una meditación en una postura fija con las piernas cruzadas. Los siete capítulos restantes son los últimos textos dictados unos meses antes de su partida, el día 5 de diciembre de 1950, y aparecieron sucesivamente en los números posteriores de este boletín. En ellos expone la posibilidad de un cuerpo divino sobre la tierra, la emergencia del principio supramental en la humanidad dando lugar a una nueva especie de seres supramentales, describe el proceso de transición de la humanidad actual hacia una nueva humanidad, dotada de una mente de luz, que posibilitará la aparición de esta nueva vida supramental o divina sobre la tierra. Su lectura es de inmenso valor, especialmente en la época actual.

SRI AUROBINDO BREVE BIOGRAFÍA

Sri Aurobindo nació en Calcuta el 15 de agosto de 1872. A la edad de siete años fue enviado a Inglaterra, donde pasó los siguientes años hasta la terminación de su formación universitaria. En 1889 ingresó en Cambridge, con una beca de estudios concedida por la St. Paul's School de Londres, donde coronó brillantemente sus estudios con mención de primera clase. Después de haber adquirido los títulos necesarios para entrar en el servicio civil de la India, en el que no entró por haber rehusado presentarse al examen de equitación, regresó a su país y entró, en 1893, en el servicio administrativo del principado de Boroda. Aparte de su trabajo administrativo, fue nombrado profesor de francés y, posteriormente de inglés, del colegio de Boroda. En este periodo aprendió el sánscrito y otras lenguas indias. Seguía al mismo tiempo con interés los acontecimientos políticos de la India. Con motivo de la división de Bengala, en 1905, abandonó Boroda y empezó a participar abiertamente en política. Fue uno de los grandes líderes del movimiento nacionalista de Bengala, durante el trágico periodo de 1906 a 1910. Su influencia en la transformación del pensamiento y opinión de toda la India fue muy profunda, especialmente a través del periódico “Bande Mataram”.

Detenido a causa de su actividad política, en 1908 fue encarcelado durante un año en la prisión de Alipore. Su estancia en prisión significó un cambio decisivo en su

vida. En un medio tan poco favorable, se sumergía casi de continuo en la meditación. Su vida interior y sus realizaciones espirituales pronto le llevaron a fijarse un objetivo más amplio y universal que la liberación de su país: el porvenir de la humanidad, la nueva era del espíritu, el descenso de la Supermente o Consciencia-Verdad y el surgimiento del ser supramental.

Al salir de la cárcel fundó dos semanarios, uno en inglés, “Karmayogin”, y otro en bengalí “Dharma”. Continuó durante algún tiempo sus actividades políticas, pero una noche recibió el aviso de que la policía proyectaba realizar un registro en su despacho de Karmayogin y para no ser detenido o deportado, fue a esconderse a Chandernagore, a pocos kilómetros de Calcuta. Aquí recibió “una orden de lo Alto” de ir a Pondicherry a donde llegó el 4 de abril de 1910. Fue la ruptura definitiva con su vida anterior.

Después de cuatro años de yoga en el silencio, fundó, el 15 de agosto de 1914, una revista filosófica mensual, “Arya”, en la que expresaba en lenguaje intelectual su visión del hombre y de la historia, del destino divino del hombre y del camino a seguir para alcanzarlo, de la marcha de la sociedad humana hacia la unidad y la armonía, de la naturaleza y de la evolución de la poesía, del sentido profundo de los Vedas, de los Upanishads y de la Gita y del espíritu y de la significación de la cultura india. Todo ello está actualmente recogido y publicado en libros: “La Vida Divina”, “La Síntesis del Yoga”, “El Ciclo Humano”, “El Ideal de la Unidad Humana”, “La Poesía Futura”, “El Secreto del Veda”, “Ocho Upanishads”, “Ensayos sobre la Gita”, “Los Fundamentos de la Cultura India”, etc. De su excelsa obra poética merece especial atención “Savitri”, epopeya cósmico trascendental que a través de su lenguaje tántrico, constituye el santuario de su legado espiritual para toda la humanidad.

Se negó a volver a la política y declinó el ofrecimiento de presidir el Congreso Nacional de la India. Ello no quería decir, como algunos han supuesto, que se hubiera retirado a alguna cima de experiencia espiritual, despreocupándose del mundo y del porvenir de la India. Su alejamiento de la política no podía tener este sentido en modo alguno, ya que el principio mismo de su yoga era no sólo realizar el Divino y alcanzar la Consciencia Espiritual total, sino también hacer entrar toda la vida y todas sus actividades en el campo de la Consciencia Espiritual y fundar la vida sobre el Espíritu.

El 5 de diciembre de 1950, Sri Aurobindo abandonó su cuerpo físico.
“Logró atraer las fuerzas que transmutarán una edad”.

INTRODUCCIÓN

MENSAJE

Aprovecho la circunstancia de la publicación del primer número del “Bulletin d’Education Physique” del Ashram para dar mis bendiciones a esta revista y a la Asociación J.S.A.S.A. (Jeunesse Sportive de l’Ashram de Sri Aurobindo). Me gustaría hacer especial hincapié en la razón de ser más profunda de tales asociaciones y en la necesidad y utilidad, para la nación, de organizar y extender a través de ellas la práctica de los deportes o del ejercicio físico, tal como nosotros lo entendemos. En su aspecto más superficial parecen meros juegos y entretenimientos que la gente toma como una diversión, para liberar su energía corporal y su instinto natural de actividad, o para desarrollar mantener la salud y la fuerza del cuerpo. Pero puede ser mucho más que

eso: es también un medio para crear hábitos, capacidades y cualidades muy necesarios y útiles, tanto en la guerra como en la paz, en el quehacer político o social, y que pueden aplicarse a casi todas las esferas del esfuerzo humano conjunto. Esta vertiente nacional de la cuestión es la que me gustaría resaltar. Actualmente estos deportes, juegos y competiciones atléticas despiertan un interés general y han adquirido una relevancia sólo comparable a la que tuvieron en países como Grecia en la antigüedad, país donde se desarrollaron por igual todos los aspectos de la actividad humana, donde el gimnasio, las carreras de cuadrigas, el atletismo y otros deportes tenían la misma importancia en el desarrollo físico como las artes, la poesía y el drama en el desarrollo mental, siendo especialmente estimuladas e impulsadas por las autoridades civiles de la ciudad-estado. Fue Grecia quien hizo una institución de las Olimpiadas, y el reciente restablecimiento de las mismas como organismo internacional es una señal significativa del resurgir del antiguo espíritu. Este interés ha alcanzado, en cierta medida, a nuestro país y la India ha empezado a participar en las competiciones internacionales. El nuevo estado de la India liberada empieza a mostrar interés por desarrollar todos los aspectos de la vida de la nación y, probablemente, tendrá un papel activo y adquirirá el hábito de ocuparse de cuestiones anteriormente abandonadas a la iniciativa privada. Está asumiendo, por ejemplo, el establecimiento y preservación de la condición física y sanitaria de la nación y la difusión del reconocimiento general de su importancia. En este sentido, el impulso de los deportes y las asociaciones atléticas así como de las demás actividades de tipo deportivo, sería altamente beneficioso. Extender el hábito de participar en este clase de disciplinas desde la niñez, en la juventud y en la primera edad adulta contribuiría, en gran medida, a crear personas físicamente preparadas y enérgicas.

Todavía más importante que sentar las bases de la salud, la fortaleza y las aptitudes corporales, por muy necesario que sea, es la contribución de estas actividades al desarrollo de la disciplina, la moral, y la formación de un carácter sólido y firme. A este respecto muchos deportes son de gran valor pues ejercitan, e incluso requieren, cualidades como la valentía, la dureza, la acción enérgica, la iniciativa, el desarrollo de habilidades, la rapidez en la decisión y la acción, la percepción de qué debe hacerse en caso de emergencia y la destreza en su consecución. Uno de los mayores logros es el despertar de la consciencia instintiva esencial del cuerpo que puede ver y hacer lo que es necesario sin indicación alguna del pensamiento, lo que equivale a una rápida penetración desde la mente y a una decisión resolutive de la voluntad. A todo ello añadiríamos la formación de una capacidad para los movimientos armoniosos y correctos del cuerpo, gracias a que la actividad conjunta y la economía en el esfuerzo físico evitan la pérdida de energía, por medio de ejercicios tales como las marchas o los entrenamientos que eliminan la laxitud, la dispersión y los movimientos carentes de armonía, desordenados o inútiles propios de un individuo no disciplinado. Otra de las consecuencias de enorme importancia sería el desarrollo de lo que se ha venido llamando el espíritu deportivo: el buen humor, la tolerancia y consideración para con los demás, una actitud correcta y amistosa hacia los competidores y rivales, el autocontrol y la observancia escrupulosa de las reglas del juego, el juego limpio, descartar el uso de prácticas tramposas, una aceptación ecuánime de la victoria o la derrota con deportividad, sin resentimiento o sin tomarle manía a los competidores que han tenido éxito, la leal aceptación de las decisiones del juez o árbitro designado. Todas estas cualidades son válidas para la vida en general, no sólo para el deporte, pero es manifiesto el estímulo en su desarrollo a través de la práctica del deporte y por ello su valor resulta inestimable. Si pudiéramos tener presentes estas cualidades en el día a día no sólo en la vida del individuo sino en la vida de la nación y en los acontecimientos

internacionales, donde hoy rigen excesivamente las posiciones contrarias, la existencia, en este mundo turbulento, se volvería más apacible y podría abrirse a una mayor posibilidad de concordia y amistad de la que tan necesitada está. Aún más importante es el hábito de la disciplina, la obediencia, el orden, el trabajo en equipo, que ciertos juegos precisan pues, sin ellos, el éxito es incierto o imposible. Existen innumerables actividades en la vida, sobre todo en la vida nacional, en las que el liderazgo y la obediencia al mismo, en una acción conjunta, son necesarios para el éxito, la victoria en el combate o la realización de un propósito. El papel del líder, del capitán, el poder y la pericia en su liderazgo, su habilidad para dirigir la confianza y la pronta obediencia de sus seguidores es de la mayor importancia en cualquier tipo de acción o empresa conjunta, aunque pocos son los que pueden desarrollar estas cualidades sin haber aprendido por sí mismos a obedecer y a actuar como una sola mente o como un solo cuerpo con los demás. Esta preparación estricta, este hábito de disciplina y obediencia no es contrario a la libertad individual, es a menudo la condición necesaria para el uso correcto de esta libertad, del mismo modo que el orden no es contrario a la libertad sino más bien una condición necesaria para el uso correcto de esta libertad e incluso para su conservación y supervivencia. Esta regla es indispensable en cualquier forma de acción conjunta: la orquestación es necesario y una orquesta en la que cada músico tocara a su antojo sin seguir las indicaciones del director, no tendría éxito. En los asuntos espirituales rige la misma regla, un sadhaka que no siguiera la guía de su gurú y prefiriera las inspiraciones inexpertas de un novicio, difícilmente podría escapar de los errores, incluso de los desastres, que acechan a menudo el camino de realización espiritual. No necesito enumerar los beneficios añadidos que pueden obtenerse a través del entrenamiento deportivo o detenerme en las ventajas que su uso proporcionaría a la vida nacional, lo dicho hasta ahora es suficiente. En cualquier caso, el deporte goza, en estos momentos, de una posición reconocida e irremplazable en las universidades y en escuelas como la nuestra, pues incluso la más completa y elevada educación de la mente es insuficiente si no contempla la educación del cuerpo. Cuando todas estas facultades que anteriormente he enumerado no existen o son insuficientes, podrían ser construidas a base de una fuerte voluntad individual o de una voluntad nacional, pero la contribución del deporte en su desarrollo es directa y no puede ser pasada por alto. Esto justifica la atención que se le ha prestado en nuestro Ashram, aunque hay otras razones que no necesitan ser mencionadas en este momento. Lo que aquí quiero destacar es la importancia y la necesidad de estas cualidades, que el deporte ayuda a crear o estimular, para la vida nacional. La nación que las posea en un grado máximo será probablemente la más fuerte victoria, el éxito y la grandeza y, además, la que mejor podrá contribuir a la consecución de la unidad y de un orden mundial más armonioso que esperamos se haga realidad en el futuro de la humanidad ¹.

1. El Bulletin d'Education Physique (Boletín de Educación Física) empezó a publicarse el 21 de febrero 1949 y este mensaje fue dictado por Sri Aurobindo el 30 de diciembre de 1948 para ser incluido en el Boletín. El título de esta revista trimestral bilingüe fue cambiado en 1959 por el de Bulletin du Centre International d'Education Sri Aurobindo (Boletín del Centro Internacional de Educación Sri Aurobindo) y continúa publicándose hasta la fecha bajo el mismo título.

I

La Perfección del Cuerpo

La perfección del cuerpo, la mayor perfección que podamos obtener con los medios a nuestro alcance, debe ser el objetivo fundamental de la educación física. La perfección es el propósito verdadero de toda educación, sea espiritual o física, mental o vital y tiene que ser también la meta de nuestra educación física. Si nuestra búsqueda consiste en alcanzar la perfección total del ser, su vertiente física no puede dejarse de lado ya que el cuerpo es la base material, el cuerpo es el instrumento que tenemos que utilizar. *Sariram Khalu dharmasadhanam*, reza el viejo adagio sánscrito, el cuerpo es el medio por el que se ejecuta el dharma, y dharma significa cada ideal que podamos proponernos y la ley de su realización y de su acción. La perfección total es la meta a alcanzar, pues nuestro ideal es la Vida Divina que queremos crear aquí; la vida del Espíritu hecha realidad en la tierra, la vida que realiza su propia transformación espiritual, incluso aquí en la tierra, en las condiciones del universo material. Y todo esto no podrá suceder si el cuerpo no sufre también una transformación, si su acción y funcionamiento no logran una capacidad suprema y la perfección máxima que le sea posible o potencialmente posible.

Ya había indicado en una de mis anteriores exposiciones que como resultado de los ejercicios y prácticas de educación física a los que hemos empezado a prestar especial atención y dedicación en este Ashram, debería derivarse una perfección relativa de la consciencia física en el cuerpo, la de la mente, la de la vida, y la del carácter que en él habita y además un despertar y un desarrollo de las capacidades nativas del propio cuerpo. Un desarrollo de la consciencia física debe estar siempre entre los objetivos a alcanzar, pero para ello es esencial conseguir un desarrollo adecuado del propio cuerpo: se necesita salud, fortaleza, y preparación, y además la disposición física debe ser excelente. Una vida divina en un mundo material implica necesariamente la unión de los dos extremos de la existencia, la cumbre espiritual y la base material. El alma que tiene la base de su vida establecida en la Materia asciende a las alturas del Espíritu sin abandonar su base, une las alturas y las profundidades. El Espíritu desciende a la Materia y al mundo material, con su luz, su gloria y su poder y con ellos colma y transforma la vida en el mundo material tornándolo cada vez más divino. La transformación no es un cambio hacia algo puramente sutil y espiritual que la Materia, por su naturaleza, rechaza, y que constituye un obstáculo o que aprisiona al Espíritu; sino que entiende la Materia como una forma del Espíritu, aunque ahora como una forma que lo contiene en sí, y la convierte en un instrumento de revelación, no rechaza las energías de la Materia, sus capacidades, sus métodos, sino que libera sus posibilidades secretas, las eleva, las sublima y revela su divinidad innata. La vida divina no rechazará nada que esa susceptible de ser divinizado, todo será incorporado, exaltado, y llevado a su perfección máxima. La mente todavía ignorante, aunque se esfuerza en el conocimiento, deberá elevarse hacia la luz y la verdad supramental y una vez en ella la hará descender para que inunde nuestro pensamiento, nuestra percepción y nuestra visión interior así como todos los demás modos de conocimiento hasta que éstos irradian la verdad más elevada, tanto en sus movimientos más exteriores como en los más interiores. Nuestra vida, todavía sumida en la oscuridad y confusión y ocupada en demasiados asuntos pueriles y superficiales, sentirá que sus impulsos e instintos

enaltecidos y radiantes se convertirán en una réplica gloriosa de la supervida supramental superior. La consciencia física y el ser físico, el propio cuerpo, debe alcanzar una perfección en todo lo que es y todo lo que hace, perfección que, actualmente, apenas podemos imaginar. Finalmente, puede incluso suceder que quede impregnado de tal luz, belleza y beatitud procedente del Más Allá que la vida divina asuma en él un cuerpo divino.

Aunque el primer paso consiste en que la naturaleza haya evolucionado hasta el punto de ser capaz de entrar en contacto directo con el Espíritu, que sienta la aspiración de un cambio espiritual y se abra a la acción del Poder que la transformará. La perfección suprema, la perfección total sólo es posible mediante una transformación de nuestra naturaleza humana o inferior, una transformación de la mente en un instrumento de luz, de nuestra vida en un instrumento de poder, de acción justa, en la que todas las fuerzas sean utilizadas de forma correcta, en la que el ser se eleve gozosamente por encima de sus presentes potencialidades relativamente más pequeñas hacia una fuerza espontánea de acción y gozo vital. Igualmente deberá producirse un cambio en el cuerpo que se transformará, debido a su acción, su funcionamiento y sus capacidades, en un instrumento que superará las limitaciones que le entorpecen y obstaculizan, incluso en sus realizaciones humanas más elevadas. En su conjunto, el cambio a que debemos aspirar incluirá todos los medios y fuerzas humanos, que no deberán ser apartados sino utilizados y ampliados hasta el máximo de sus posibilidades como parte de esta nueva vida. Podemos concebir sin dificultad el paso que supondrá la sublimación de nuestras potencialidades humanas mental y vital presentes en elementos de una vida divina, pero ¿cómo podemos concebir la perfección del cuerpo?

En el pasado los buscadores espirituales han contemplado el cuerpo como un obstáculo, algo que había que superar y abandonar, más que como un instrumento de perfección espiritual y un medio donde se produce el cambio espiritual. Ha sido considerado materia vulgar, un impedimento insuperable, y sus limitaciones, como algo imposible de cambiar, impidiendo así la transformación. Esto se explica porque el cuerpo humano, incluso en su mejor condición, parece estar animado por una energía vital que tiene sus propios límites, y degradado en sus actividades físicas menores por tendencias mezquinas, mediocres o viles; el propio cuerpo lleva la pesada carga de la inercia y la inconsciencia de la Materia, todavía parcialmente despierta y, aunque estimulado e impulsado por una actividad nerviosa, subconsciente en la acción fundamental de las células y tejidos que lo constituyen y en su funcionamiento secreto. Incluso en la cumbre de su fuerza y vigor y en la más grande gloria de su belleza, es todavía una flor de la Inconsciencia material; el inconsciente es el asiento del cual proviene y que, a cada paso, presenta su oposición limitando estrechamente la extensión de sus poderes y cualquier esfuerzo de autosuperación radical. Pero si una vida divina es posible en la tierra, esta autosuperación tiene también que ser posible.

En la búsqueda de la perfección podemos comenzar por cada uno de los extremos de la extensión de nuestro ser y entonces debemos utilizar, por lo menos al principio, los medios y procedimientos que nosotros elijamos. En el Yoga el procedimiento es espiritual y psíquico; también sus procesos físicos y vitales deben ser orientados de forma psíquica y espiritual y elevados a un modo de funcionamiento superior que va más allá del movimiento habitual de la vida y la Materia, por ejemplo, el uso de la respiración o de los asanas en el hathayoga y el rajayoga. Se necesita, en general, una preparación previa del cuerpo, de la mente y de la vida para hacerlos aptos

para recibir la energía espiritual y para que puedan organizar las fuerzas y métodos psíquicos, siendo el propio Yoga el que proporciona esta orientación. Por otra parte, si comenzamos por alguno de los niveles del extremo inferior tendremos que emplear los medios y procedimientos que la Vida y la Materia nos ofrecen y respetar las condiciones y lo que podemos denominar como la técnica impuesta por la energía vital y material. Podríamos extender la actividad, los logros, la perfección alcanzada, más allá de la inicial, incluso por encima de las posibilidades normales, pero seguiríamos sujetos a la base de la que hemos partido y dentro de los límites que ésta nos impone. Esto no significa que la acción desde los dos extremos no pueda llegar a confluir y que la perfección superior no sea capaz de integrar en sí la perfección inferior y elevarla, sino que normalmente sólo puede llevarse a cabo mediante una transición desde una perspectiva, una aspiración y una motivación inferiores a otras superiores: así debe hacerse si nuestro objetivo es transformar la vida humana en vida divina. Llegado a este punto se plantea la necesidad de elevar las actividades de la vida humana y sublimarlas por el poder del espíritu. La perfección inferior no desaparecerá, permanecerá pero será ampliada y transformada por una perfección superior que únicamente puede ofrecer el poder del espíritu. Esto es evidente en el caso de la poesía, el arte, el pensamiento filosófico, la perfección de la palabra escrita o la organización perfecta de la vida terrestre: todo esto debe ser elevado y las posibilidades ya alcanzadas o cualesquiera perfección ya conseguida tiene que ser integradas en una perfección nueva y superior con una visión e inspiración más amplias de una consciencia espiritual y con nuevas formas y poderes. Lo mismo debe suceder con la perfección del cuerpo.

La integración de la vida y la Materia en aquello que es, en esencia, una búsqueda espiritual implica, en lugar de una actitud de rechazo y exclusión total propia de una espiritualidad que daba la espalda y negaba la vida en el mundo, ciertos avances que las instituciones espirituales de corte más antiguo considerarían ajenas a sus intenciones. Una vida divina en el mundo o una institución que la tenga por objetivo y propósito no puede ser algo extraño o apartado de la vida ordinaria de los hombres en el mundo o ser indiferente a la existencia mundana; tiene que realizar la labor del Divino en el mundo y no una labor ajena o retirada de este mundo. La vida de los antiguos Rishis en sus ashrams estaba vinculada al mundo exterior, eran creadores, educadores, guías humanos y la vida de los indios en tiempos antiguos se desarrolló en gran parte bajo su dirección e influencia. La vida y las actividades en las nuevas circunstancias no son iguales pero también deben actuar sobre el mundo y forjar una nueva creación en él. Tiene que existir un contacto y una conexión con el mundo y las actividades deben realizarse en la vida común aunque en apariencia no se diferencien de los objetivos primarios o iniciales del mismo tipo de la vida exterior. En nuestro Ashram hemos considerado necesario crear una escuela para la educación infantil de los hijos de los sadhakas residentes, proporcionando una enseñanza normal pero con ciertas modificaciones que incluye como parte importante de su desarrollo el entrenamiento físico intensivo que ha dado lugar a las prácticas de atletismo y a los deportes de la Juventud Deportiva del Ashram, de los que este Boletín es la expresión. Algunas personas han cuestionado el papel de los deportes en un Ashram que ha sido creado para los buscadores espirituales y se han preguntado qué conexión puede haber entre espiritualidad y deportes. La primera respuesta ya la he dado en mi escrito sobre las conexiones que deben existir entre una institución de este tipo y las actividades de la vida normal de los seres humanos y en un número anterior también indiqué la utilidad que esta instrucción puede tener en la vida de la nación y su beneficio en la vida

internacional . Se abre otra perspectiva si vamos más allá de los objetivos inmediatos y contemplamos la aspiración a una perfección total incluyendo la perfección del cuerpo.

Si aceptamos actividades tales como el deporte y los ejercicios físicos en la vida del Ashram, es evidente que los primeros métodos y metas a alcanzar se encuentran entre los propios de aquello que hemos calificado de extremo inferior del ser. Han sido pensados, en principio, para la educación física y el desarrollo corporal de los niños de la escuela del Ashram, pues éstos son todavía demasiado jóvenes para dedicarse a un propósito o una práctica espiritual estricta y tampoco es seguro que muchos de ellos entren en la vida espiritual una vez alcancen la edad en que puedan elegir el futuro por sí mismos. El objetivo debe ser la preparación del cuerpo y el desarrollo de ciertas partes de la mente y del carácter que puedan derivar de estos ejercicios y el cómo y en qué dirección ha de realizarse lo he explicado ya en una exposición anterior. Dentro de estos límites sólo puede obtenerse una perfección humana relativa; cualquier perfección superior sólo puede ser lograda por la intervención de poderes superiores, poderes psíquicos, el poder del espíritu. Aunque en la frontera de la existencia humana ya puede alcanzarse algo muy grande, a veces inmenso: lo que llamamos el genio forma parte del desarrollo del ser humano y sus logros, especialmente en campos mentales y de la voluntad, pueden llegar a medio camino en el ascenso a la divinidad. Incluso aquello que la mente y la voluntad pueden conseguir en el cuerpo, en su propio campo de actividad, en relación a los resultados físicos, la resistencia del cuerpo, proezas de todo tipo, una actividad continuada que rechaza la fatiga o el colapso y que se extiende de más allá de todo límite posible, el valor y el rechazo a dejarse vencer por un sufrimiento físico continuo y mortífero, constituyen victorias que, junto a otras, nos acercan o rayan lo milagroso formando parte del ámbito humano y pudiendo ser consideradas como una parte de nuestro concepto de perfección total. La respuesta resuelta y persistente que tanto el cuerpo como la mente del hombre y su energía vital pueden dar a cualquier exigencia que le venga impuesta por las circunstancias más difíciles, por necesidades de la guerra, los viajes o la aventura, es del mismo tipo y su resistencia pueden llegar a proporciones asombrosas e incluso el inconsciente en el cuerpo parece capaz de dar una respuesta sorprendente.

El cuerpo, hemos dicho, es una creación del Inconsciente y él mismo es inconsciente, o por lo menos subconsciente en algunas de sus partes, y en gran parte de su acción oculta. Pero lo que nosotros entendemos por Inconsciente es una apariencia, es el lugar donde anida, y es el instrumento de una Consciencia secreta o una Superconsciencia que ha creado el milagro que denominamos universo. La Materia es el campo de acción y la creación del Inconsciente, y la perfección de las operaciones de la Materia inconsciente, la perfecta adaptación de sus medios a un objetivo y a una finalidad, así como las maravillas que estos medios ejecutan y la increíble belleza que crean, son testimonio, a pesar de toda la oposición de nuestras negaciones ignorantes, de la presencia y el poder de consciencia de esta Superconsciencia en cada parte y movimiento del universo material. Está ahí, en el cuerpo, ella lo ha creado, y su irrupción en nuestra consciencia es la finalidad secreta de la evolución y la llave del misterio de nuestra existencia.

En la práctica de los deportes y los ejercicios físicos en la educación del individuo en su niñez y adolescencia, cuyo propósito debería ser hacer aflorar sus posibilidades reales y latentes y desarrollarlas al máximo, los medios y métodos a utilizar están limitados por la naturaleza del propio cuerpo y su meta debe ser alcanzar

la relativa perfección humana de los poderes y capacidades corporales y de aquellos poderes de la mente, voluntad, carácter y acción que se alojan en este cuerpo y de los que él es también instrumento, hasta el límite que le permitan dichos métodos. He escrito ampliamente, y no voy a repetirlo, sobre los beneficios de tales actividades en el perfeccionamiento mental y moral. En cuanto al cuerpo, las perfecciones que pueden ser desarrolladas por estos medios son las propias de sus cualidades y capacidades naturales y, en segundo lugar, han de garantizar la adecuación continua del mismo para que sea un instrumento de las operaciones que puedan exigirle la mente la voluntad, la energía vital y las percepciones dinámicas, impulsos e instintos de nuestro ser físico sutil que es un elemento y un agente muy importante, aunque no reconocido, de nuestra naturaleza. La salud y la fortaleza son condiciones indispensables para obtener la perfección natural del cuerpo, pero no sólo la fortaleza muscular y la solidez de los miembros y el vigor físico, sino también la fuerza más fina, alerta, plástica y adaptable que nuestros elementos nerviosos y físico sutiles pueden aportar a las actividades del organismo. Existe también aquella fuerza todavía más dinámica que puede añadirse al cuerpo si recurrimos a las energías vitales y que puede hacer de catalizador de unas actividades más amplias, de sucesos de carácter extraordinario, que no sería capaz de realizar en su estado normal. Al mismo tiempo la fortaleza de la mente y la voluntad pueden actuar como maestros e inspiradores impartiendo e imponiendo al cuerpo sus exigencias y estímulos y sus secretos poderes que utilizamos, o por los que somos utilizados, sin saber muy bien cuál es el origen de su acción. Contamos así, entre las cualidades naturales y los poderes del cuerpo que de esta manera pueden ser despertados, estimulados y llevados a una normalidad en la acción, con la destreza y estabilidad en toda clase de acciones físicas como la rapidez en las carreras, la destreza en el combate, la habilidad y resistencia en el montañero, los reflejos inmediatos y a menudo excepcionales con que responde el cuerpo de un soldado, marinero, viajante o explorador, que he señalado con anterioridad, o en aventuras de todo tipo y en una amplia gama de logros físicos a los que el hombre se ha acostumbrado o a los que se ve accidentalmente abocado por su propia voluntad o movido por las circunstancias. Una aptitud general del cuerpo a ejecutar todo lo que se pueda pedir de él es la fórmula común de todas estas actividades, una aptitud que algunos o muchos desarrollan, y que podría generalizarse mediante una educación física completa y diversificada. Parte de estas actividades pueden incluirse en lo que llamamos deporte, para otras, el deporte y los ejercicios físicos pueden ser una preparación eficaz. En algunas se necesita un entrenamiento para la acción común, un movimiento combinado, una disciplina, y nuestros ejercicios físicos pueden ayudar en su preparación. Otras exigen una voluntad individual desarrollada, una habilidad mental y una percepción rápida, una poderosa energía vital y un impulso físico sutil y ellas mismas pueden constituir el único instructor necesario. Todas han de ser incluidas en nuestra concepción de los poderes naturales del cuerpo y de su capacidad y adecuación instrumental al servicio de la mente y la voluntad humana y, por consiguiente, en nuestro concepto de la perfección total del cuerpo.

Han de cumplirse dos condiciones para esta perfección: un despertar lo más amplio y completo posible de la consciencia corporal y una educación, o una evocación de sus potencialidades, igualmente total y completa y, si se puede, lo más diversificada posible. La forma o el cuerpo es, sin lugar a dudas, en su origen, una creación del Inconsciente y está limitado por él por todas partes, pero es una creación de un Inconsciente que desvela la consciencia secreta oculta en él y que despliega la luz del conocimiento, el poder y el Ananda. Nosotros tenemos que partir del punto que esta

consciencia con su poder, luz del conocimiento y Ananda, han alcanzado en la evolución humana, hacer un uso extensivo de ellos, e impulsar esta evolución hacia el más alto grado que podamos con la fuerza que nuestra naturaleza y nuestro temperamento individuales nos permitan. En cada forma del mundo hay una fuerza que actúa, activa inconscientemente u oprimida por la inercia en sus formulaciones inferiores, pero consciente por primera vez en el hombre, con sus potencialidades parcialmente despiertas, parcialmente dormidas o latentes: lo que está despierto tenemos que hacerlo completamente consciente, lo que está dormido tenemos que despertarlo y ponerlo en funcionamiento, lo que está latente tenemos que evocarlo y educarlo. Para ello hay dos aspectos de la consciencia corporal que han de ser considerados. Uno parece ser una especie de automatismo que prosigue su labor en el plano físico, sin ninguna intervención mental, y en niveles que se sitúan fuera del alcance de la observación directa de la mente, o que aunque sean conscientes u observables, prosiguen su camino, una vez puestos en movimiento, por medio de una acción aparentemente mecánica que no necesita la dirección de la mente y que continúa por sí sola mientras la mente no intervenga.

Hay otros movimientos que la mente ha formado y adiestrado que pueden, sin embargo, operar automáticamente, incluso sin ningún tipo de error, aunque el pensamiento y la mente no se ocupen de ellos. Otros pueden operar durante el sueño y producir resultados válidos para la inteligencia de vigilia. Pero lo más importante es aquel automatismo que podemos describir como un automatismo adiestrado y desarrollado, una habilidad perfeccionada y una capacidad de los ojos, los oídos, las manos y de los demás miembros listos para responder a cualquier llamada que se les haga, una operación espontánea que se ha desarrollado a modo de instrumento, un adaptación total a cualquier demanda que la mente o la energía vital puedan pedirle. Normalmente esto es lo máximo que podemos conseguir en el nivel inferior cuando partimos de este nivel y nos limitamos a usar sus medios y métodos. Para obtener algo mejor hemos de dirigir nuestra mirada a la mente y la energía vital en sí mismas o a la energía del espíritu y ver qué pueden hacer para lograr una mayor perfección del cuerpo. La mayor parte de lo que podemos hacer en el ámbito de lo físico por medios físicos es fundamentalmente inseguro y circunscrito a unos límites; incluso lo que aparenta ser una salud y una fuerza física corporales perfectas es precario y pueden romperse en cualquier momento por fluctuaciones interiores o por un fuerte ataque o una conmoción exterior: sólo rompiendo nuestras limitaciones podremos alcanzar una perfección más elevada y duradera. Una de las direcciones que debe tomar nuestra consciencia y desarrollarla es el dominio progresivo del cuerpo y sus poderes desde el interior o desde arriba así como su respuesta más consciente a las partes superiores de nuestro ser. La mente es esencialmente el hombre, que es un ser mental, y su perfección humana aumenta cuanto más cumple la imagen de los Upanishad que lo describe como un ser mental, el Purusha o testigo, el guía de la vida y el cuerpo. Si la mente puede asumir y controlar los instintos y los automatismos de la energía vital de la consciencia físico sutil y del cuerpo, si puede entrar en ellos, usarlos conscientemente y, de alguna manera, mentalizar por entero su acción instintiva o espontánea, entonces la perfección de estas energías, su acción, se vuelve más despierta, más consciente y más perfecta. Pero también es necesario que la mente gane en perfección y la mejor manera de conseguirlo es depender menos del intelecto falible de la mente física, cuando no está limitada por la acción ordenada y precisa de la razón, y puede crecer en intuición y adquirir una visión más amplia, más profunda y más directa y obedecer el impulso luminoso de la energía de una voluntad intuitiva superior. Incluso dentro de los límites

de su evolución actual es difícil medir hasta que grado la mente es capaz de extender su control o el uso que hace de los poderes y capacidades corporales pero cuando la mente se eleva hacia poderes superiores y traspasan las fronteras humanas, es imposible fijar ningún límite: incluso, en ciertos casos, parece ser posible una intervención de la voluntad en el funcionamiento automático de los órganos corporales. Si disminuyen las limitaciones y a medida que disminuyen, el cuerpo se torna más plástico y receptivo, y de esta forma, un instrumento más perfecto y mejor adaptado a la acción del espíritu. Es indispensable la cooperación de los dos extremos del ser en toda actividad que quiera ser efectiva y expresiva aquí, en el mundo material. Si el cuerpo no puede secundar el pensamiento o la voluntad por causa de la fatiga o por una incapacidad natural o por cualquier otro motivo o si de algún modo no responde o responde insuficientemente, la acción fracasa en la misma proporción, o tiene una respuesta inferior o se revela más o menos defectuosa o incompleta. Por ejemplo, en el flujo de inspiración poética que parece ser un gesta puramente mental del espíritu, tiene que haber una vibración de respuesta del cerebro y éste debe ser un canal por el que fluya el poder del pensamiento y la visión y la luz de la palabra que está intentando abrirse camino o buscando su perfecta expresión. Si el cerebro está fatigado o espeso, la inspiración no puede llegar y no se puede escribir nada o falla y lo que llega es de naturaleza inferior. También puede suceder que en lugar de una formulación más luminosa que estaba intentando tomar forma, aparezca una inspiración inferior. O que el cerebro se preste fácilmente a un estímulo menos radiante o que se esfuerce laboriosamente en confeccionar un artificio poético. Incluso en las actividades de corte puramente mental, es condición indispensable la aptitud, la agilidad o un entrenamiento perfecto del instrumento corporal. Esta agilidad, esta respuesta también es parte de la perfección total del cuerpo.

El propósito esencial y el signo de una evolución progresiva aquí abajo, es la emergencia de la consciencia en un universo aparentemente inconsciente, la extensión de la consciencia y en consecuencia, la luz y el poder crecientes del ser; el desarrollo de las formas y su funcionamiento o su habilidad para sobrevivir, aunque son indispensables, no constituyen el sentido completo o el motivo central. Un despertar incesante de la consciencia y su ascensión constante a niveles superiores así como la ampliación de su visión y acción son las condiciones de nuestro progreso hacia esa perfección suprema y total que es la meta de nuestra existencia. También son las condiciones para la perfección total del cuerpo. Existen niveles mentales que nadie, en estos momentos, es capaz de imaginar y que alcanzaremos algún día sobrepasándolos hacia las alturas de una existencia más vasta, una existencia espiritual. A medida que ascendemos, tenemos que abrir las partes inferiores de nuestro ser para que estos dinamismos superiores y supremos de luz y poder los llenen, tenemos que hacer del cuerpo un instrumento y una forma cada vez más conscientes, incluso consciente del todo, un signo consciente, un sello y un poder del espíritu. Mientras crece en esta perfección, debe crecer la fuerza y amplitud de su acción dinámica y su respuesta y servicio al espíritu; el control del espíritu sobre la acción también debe crecer igual que la plasticidad de su funcionamiento, tanto en las partes de poder que se han adquirido y desarrollado y en sus respuestas automáticas como en aquellas que son puramente orgánicas y parecen ser movimientos del inconsciente mecánico. Todo esto sólo puede tener lugar si se produce una transformación verdadera, siendo la transformación de la mente, la vida y el mismo cuerpo, justamente, el cambio hacia el que se encamina secretamente nuestra evolución, y sin esta transformación no puede emerger una vida divina plena y completa en la tierra. Por medio de esta transformación el cuerpo se convierte en agente y partícipe. El espíritu podría, por supuesto, lograr una

manifestación importante con un cuerpo pasivo de consciencia imperfecta que le serviría como el medio más inferior de manifestación en su nivel más bajo de funcionamiento material, pero nunca sería algo perfecto o completo. Un cuerpo plenamente consciente podría incluso descubrir y construir el método material correcto y el proceso de una transformación material. Para ello es necesario, sin lugar a dudas, la luz suprema del espíritu, su poder y su gozo creador que han debido manifestarse en la cumbre de la consciencia individual y enviado su sanción al cuerpo, aunque el cuerpo podría poner a trabajar su aspecto espontáneo de autodescubrimiento y realización. Entonces sería también un signo y una evidencia de la perfección total del cuerpo.

Si la emergencia y el crecimiento de la consciencia son el motivo central de la evolución y la llave de su propósito secreto, se entiende, entonces, que por la propia naturaleza de esta evolución, este crecimiento debe implicar no sólo una ampliación continuada de sus capacidades sino también un ascenso a niveles cada vez más elevados hasta que alcance el nivel más alto posible. Pues la evolución parte del nivel más bajo de involución en el Inconsciente donde la vemos trabajar en el seno de la Materia creando el universo material; opera en la Ignorancia que, sin embargo, lleva en sí un conocimiento que se va desarrollando constantemente y del que surge una luz cada vez mayor, una organización y una voluntad efectiva siempre mayores, y una armonización de sus propios poderes inherentes a medida que emergen; debe llegar a un punto en que desarrolle o adquiera la completa plenitud de sus posibilidades y ello debe concretarse en un estado o un modo de funcionamiento donde ya no actúe la ignorancia en búsqueda del conocimiento sino en el que el Conocimiento exista por sí mismo, inherente al ser, dueño y maestro de sus propias verdades y actuando en ellas con una visión natural y una fuerza que no estén afectadas por la limitación o el error. O si existe una limitación, ha de ser un velo voluntario que el Conocimiento se impone a sí mismo y que guarda tras sí la verdad para una futura manifestación en el Tiempo, y que puede ser requerida a voluntad sin necesidad de búsqueda o adquisición, dentro de un orden de correcta percepción de las cosas o en justa sucesión de aquello que ha de ser manifestado obedeciendo a la llamada del Tiempo. Esto comportaría entrar o aproximarse a lo que podríamos llamar una consciencia-verdad autoexistente en la que el ser sería consciente de sus propias realidades y tendría el poder inherente de manifestarlas en la creación temporal en la que todo sería la Verdad que sigue sus propios pasos infalibles y combina sus propias armonías; cada pensamiento, voluntad, sentimiento y acción sería espontáneamente correcto, inspirado o intuitivo, movido por la luz de la Verdad y, en consecuencia, perfecto. Todo expresaría realidades inherentes del espíritu; el poder del espíritu estaría presente con cierta plenitud. Sobrepasaríamos las actuales limitaciones mentales: la mente se convertiría en visión de la luz de la Verdad, la voluntad en una fuerza y poder de la Verdad, la Vida en un cumplimiento progresivo de la Verdad, el propio cuerpo en un receptáculo consciente de la Verdad y en uno de los medios de su autorrealización y en una forma de su existencia autoconsciente. Debería ser, por lo menos, una especie de iniciación de esta Consciencia-Verdad, como una primera forma y funcionamiento del objetivo a alcanzar y de su primera fase operativa si queremos vivir una vida divina o cualquier manifestación plena de una consciencia espiritualizada en el mundo de la Materia. O, como mínimo, esta Consciencia-Verdad debería estar en comunicación con nuestra propia mente, vida y cuerpo, descender y entrar en contacto con ellos, controlar su visión y actuación, inspirar sus impulsos, emplear sus fuerzas y modelar su dirección y propósito. Podría suceder que no todos los que entraran en contacto con la Consciencia-Verdad pudieran encarnarla por completo, pero cada uno le daría una forma conforme a su temperamento espiritual, capacidad interior y a su línea

de evolución en la Naturaleza: entonces alcanzarían con toda seguridad la perfección para la que están preparados y se hallarían en el camino hacia la plena posesión de la verdad del Espíritu y de la verdad de la Naturaleza.

El funcionamiento de dicha Consciencia-Verdad comportaría un cierto automatismo que tendría la visión y la voluntad consciente de seguir los pasos de esa verdad en lugar del automatismo infalible del inconsciente o de la Fuerza aparentemente inconsciente que ha hecho surgir el milagro en un universo ordenado desde un Vacío aparente y así podría crear un nuevo orden de la manifestación del Ser donde una perfección perfecta sería posible, y en cuyo horizonte aparecería una perfección total y suprema como posibilidad final. Si pudiéramos atraer este poder al mundo material, todos nuestros sueños seculares de perfeccionamiento humano, de perfección individual, la perfección de la especie, de la sociedad, la maestría interior sobre uno mismo y un completo dominio, gobierno y utilización de las fuerzas de la Naturaleza podrían tener por fin la esperanza de ser realizados por completo. Este autorrealización humana completa escaparía probablemente a todas las limitaciones y se transformaría en una forma de vida divina. La materia, tras asumir y manifestar el poder de la vida y la luz de la mente, haría descender a ella el poder superior o supremo y la luz del espíritu y, haría que un cuerpo terrestre despojado de sus elementos inconscientes fuera la matriz perfecta y consciente del espíritu. La seguridad completa y la estabilidad de la salud y fortaleza de esta morada física podría ser garantizada por la voluntad y la fuerza del espíritu que la habita; todas las capacidades naturales de este molde físico y todos los poderes de la consciencia física se extenderían al máximo y estarían disponibles a voluntad, asegurados por una acción sin defecto. El cuerpo como instrumento desarrollaría una capacidad total, una adaptación completa a cualquier uso que su morador le exigiera, mucho más allá de las posibilidades actuales. Incluso podría convertirse en el depositario que desvelara una belleza y beatitud supremas, alojando la belleza de la luz del espíritu, bañándose en ella e irradiándola como una lámpara que refleja y propaga la luminosidad de su llama interior, llevando consigo la beatitud del espíritu, el gozo de la mente que ve, el gozo de la vida y de la felicidad espiritual, el gozo de la Materia liberada y transformada en una consciencia espiritual vibrando en un éxtasis constante. Tal sería la perfección total del cuerpo espiritualizado.

Probablemente, no todo sucederá al mismo tiempo, aunque podría producirse una iluminación súbita si un Poder, una Luz y una Bienaventuranza divinos se instalaran en lo alto de nuestro ser e hicieran descender su fuerza en la mente, la vida y el cuerpo, iluminando y remodelando las células, despertando la consciencia en todo el molde. De todas formas estaría abierto el camino a la consumación progresiva de toda perfección posible en el individuo. El mundo físico tendría también su parte en dicha consumación total.

Siempre habría nuevos horizontes en la estela del Espíritu infinito que lleva a la Naturaleza en evolución a cimas más elevadas y expansiones ilimitadas, en un movimiento del ser liberado hacia la posesión de la Realidad suprema, la existencia suprema, la consciencia y la beatitud supremas. Pero sería prematuro hablar de ello: lo que acabamos de decir es, quizás, lo máximo que la mente humana, en su constitución actual, puede vislumbrar, y lo que el pensamiento iluminado puede, en cierta medida, llegar a comprender. Las consecuencias del descenso de la Consciencia-Verdad tomando posesión de la Materia serían justificación suficiente del trabajo evolutivo. Esta ola ascendente del espíritu que todo lo arrastra podría desencadenar una ola

descendente simultánea o consecutiva del triunfo de una Naturaleza espiritualizada que todo lo engloba, todo lo transmuta y con ella podría producirse el cambio glorioso de la Materia, de la consciencia física y de la forma física y su funcionamiento que podríamos bien calificar no sólo de perfección total sino de perfección suprema del cuerpo.

II

El cuerpo Divino

Una vida divina en un cuerpo divino es la fórmula del ideal que nos hemos propuesto. Pero ¿cómo será este cuerpo divino? ¿cuál será la naturaleza de este cuerpo, su estructura, el principio de su actividad, la perfección que lo distinguirá del cuerpo físico actual, limitado e imperfecto al que estamos circunscritos? ¿cuáles serán las condiciones y el funcionamiento de su vida, todavía física en su base terrenal, qué le distinguirá como un cuerpo divino?

Si va a ser fruto de la evolución, y así debemos considerarlo, una evolución desde nuestra imperfección e ignorancia humanas hacia una verdad mayor del espíritu y la naturaleza, ¿mediante qué procesos o etapas puede progresar en la manifestación o de qué forma puede surgir rápidamente? El proceso evolutivo sobre la tierra ha sido lento y tardío, ¿qué principio ha de intervenir para que pueda producirse una transformación o un cambio progresivo o repentino?

De hecho, el resultado de nuestra evolución conduce a esta posibilidad de transformación. Así como la Naturaleza ha evolucionado más allá de la Materia y ha manifestado la Vida, más allá de la Vida y ha manifestado la Mente, así también debe evolucionar más allá de la Mente y manifestar una consciencia y poder de nuestra existencia libre de las imperfecciones y limitaciones de nuestra existencia mental, una consciencia supramental o una consciencia-verdad, y ser capaz de desarrollar el poder y perfección del espíritu. Llegados a este punto, la ley o el modo de nuestra evolución ya no se fundarán necesariamente en un cambio lento y tardío. Este cambio lento sólo se producirá, en mayor o menor medida, mientras la ignorancia mental persista y sea un obstáculo para nuestro ascenso, pero una vez hayamos desarrollado la consciencia-verdad, su poder de verdad espiritual del ser determinará todo. En esta verdad seremos liberados y ella transformará la mente, la vida y el cuerpo. La luz, la beatitud, la belleza y la perfección de una acción espontáneamente correcta de todo el ser serán los poderes nativos de la consciencia-verdad supramental que transformarán, en su propia naturaliza, la mente, la vida y el cuerpo, incluso aquí sobre la tierra, y los convertirán en una manifestación del espíritu consciente de la verdad. La oscuridad terrestre no prevalecerá sobre la consciencia-verdad supramental, pues incluso podrá traer a la tierra la suficiente luz omnisciente y la fuerza omnipotente del espíritu necesarias para la conquista. Podría ser que no todo se abriera a la plenitud de su luz y poder, pero aquello que se abra, y en la medida en que se abra, sufrirá un cambio. Esta será la norma de la transformación.

Puede que las primeras aproximaciones consistan en un cambio psicológico, un dominio de la naturaleza por el espíritu, una transformación de la mente en un principio de luz, de la fuerza vital en un poder y una pureza, que sean el primer intento de resolver el problema, de escapar más allá de la fórmula meramente humana y establecer

algo que pudiera denominarse una vida divina sobre la tierra, un primer bosquejo de superhumanidad, de una forma de vivir supramental en las circunstancias de la naturaleza terrestre. Pero no sería éste el cambio completo y radical que se necesita; no sería la transformación total, la plenitud de la vida divina en un cuerpo divino. Todavía existiría un cuerpo humano y, por lo tanto, animal en su origen y características fundamentales y éste impondría a las partes superiores del ser encarnado las limitaciones inevitables que le son propias. Así como la limitación por ignorancia y error es el defecto fundamental de una mente no transformada, la limitación procedente de los impulsos imperfectos, las tensiones y las exigencias del deseo son los defectos de una fuerza vital no transformada, así también la imperfección de las potencialidades de la acción física, la imperfección y limitación por medio de una respuesta semi-consciente a las demandas que se le hacen y su tosca y poco pura animalidad original serían los defectos de un cuerpo no transformado o imperfectamente transformado. Todos estos defectos podrían, no sólo impedir sino incluso degradar la acción de las partes superiores de la naturaleza. Una transformación del cuerpo debe ser condición *sine qua non* para una transformación total de la naturaleza.

La transformación también podría producirse por etapas. Hay poderes de la naturaleza que todavía pertenecen a la religión mental pero que son potencialidades de una creciente gnosis que se eleva más allá de nuestra mentalidad humana y que comparten la luz y el poder del Divino, y un ascenso a través de estos planos y un descenso de los mismos al ser mental podrían constituir el curso natural de la evolución. Pero podríamos encontrarnos que, en la práctica, estos niveles intermedios no fueran suficientes para la transformación total ya que, siendo éstos potencialidades iluminadas del ser mental, no serían aún supramentales en el sentido estricto de la palabra, y sólo podrían hacer descender a la mente una divinidad parcial o elevar la mente hacia ella pero no efectuar su elevación hasta la supramentalidad absoluta de la consciencia-verdad. Con todo serían niveles que constituirían etapas del ascenso que algunos podrían alcanzar y detenerse allí en espera de que otros ascendieran más y pudieran alcanzar y vivir en estadios superiores de una existencia semidivina. Es de suponer que no toda la humanidad se alzaría en bloque hasta la supermente. Al principio sólo aquellos preparados para tan gran cambio por su evolución interior, o aquellos elevados por el toque directo del Divino en su perfecta luz, poder y beatitud, podrían alcanzar la cima más elevada o alguna cima intermedia. La mayor parte de seres humanos se mostraría satisfecha durante un largo período con su naturaleza humana normal o con una naturaleza sólo parcialmente iluminada y elevada. Incluso en estas condiciones sería un cambio suficientemente radical y una transformación inicial de la vida terrestre, pues el camino quedaría abierto para todos aquellos que tuvieran la voluntad de elevarse. La influencia supramental de la consciencia-verdad afectaría a la vida terrestre y podría ejercer su influencia incluso en la masa no transformada dándole la esperanza y la promesa a todos de algo que sólo unos pocos en tales momentos podrían compartir o realizar.

En cualquier caso esto sólo sería el principio y no la plenitud de la vida divina sobre la tierra; sería una nueva orientación de la vida terrestre pero no la consumación de su cambio. Pues para ello debe instaurarse el reino soberano de la consciencia-verdad supramental a quien todas las demás formas de vida estarían subordinadas y dependientes de ella como principio rector y poder supremo que podrían tener como meta, aprovechar su influencia, ser impulsados y elevados en parte por su iluminación y fuerza penetrante. Especialmente, ya que el cuerpo humano ha llegado a la existencia

por medio de la modificación de la forma animal precedente y que su figura erecta simbolizaba un nuevo poder vital con unos movimientos expresivos y unas actividades concebidas para expresar el principio de la mente y de la vida del ser mental, así también debe desarrollarse un cuerpo con nuevos poderes, actividades o grados de una acción divina que expresen el ser de la consciencia-verdad y propios de una consciencia supramental y que manifiesten un espíritu consciente. Debemos ser capaces de abrazar y sublimar todas las actividades de la vida terrestre susceptibles de ser espiritualizadas pero además las consecuencias o incidencias de este cambio total deben contemplar una trascendencia de la animalidad original y de las acciones que llevan su sello inexorable, o por lo menos ser capaces de una transformación que las regenere, de algún tipo de conversión psíquica o espiritual de la consciencia y los motivos que las animan y de despojarnos de todo aquello que no pueda ser transformado de ese modo. También debe ser contemplado un cambio de lo que podríamos denominar su estructura instrumental, de su funcionamiento y su organización, y un control completo, nunca antes logrado, de todas estas cosas. Todo ello hemos tenido ocasión de verlo ilustrado, hasta cierto punto, en las vidas de muchos que han sido poseídos por poderes espirituales pero como algo excepcional y ocasional, más como una manifestación fortuita o incompleta de una capacidad adquirida que como la organización de una nueva consciencia, una nueva vida y una nueva naturaleza. ¿Hasta que punto podrá llevarse dicha transformación física, cuáles serán los límites dentro de los cuales deba mantenerse para ser compatible con la vida sobre la tierra sin empujarla fuera de la esfera terrestre o dirigiéndola hacia la existencia supraterrrestre? La existencia supra-mental no es una cantidad fija sino un poder que va superando niveles de posibilidad cada vez más elevados hasta que alcanza consumaciones supremas de existencia espiritual culminando en la supermente al mismo tiempo que la supermente completa los niveles de consciencia espiritual que ascienden a ella desde el nivel humano o mental. En esta progresión el cuerpo también podría alcanzar una forma cada vez más perfecta y un nivel superior en sus poderes expresivos, volverse el recipiente cada vez más perfecto de la divinidad.

En el pasado no se ha contemplado casi nunca un destino como este para el cuerpo, al menos para el cuerpo aquí, sobre la tierra. Imaginaríamos o veríamos más bien dichas formas como un privilegio de los seres celestiales y nunca como la residencia física de un espíritu todavía ligado a la naturaleza terrestre. Los *Vaishnavas* han hablado de un cuerpo consciente espiritualizado, *cinmaya deha*²; también encontramos la concepción de un cuerpo luminoso o radiante, que podría corresponder al *vyotirmaya deha* védico. Algunos han visto una luz irradiando de los cuerpos de personas muy desarrolladas espiritualmente, que incluso emanan un aura que les envuelve y se sabe de un suceso inicial de este tipo en la vida de la gran personalidad espiritual que fue Ramakrishna. Pero estos hechos han sido raros u ocasionales, o no han existido más que en concepto, y la mayoría de las veces no se ha considerado el cuerpo como capaz de transformarse o de alojar posibilidades espirituales. Se ha hablado de él como el medio de realizar el dharma y aquí dharma incluye todos aquellos propósitos elevados, las realizaciones e ideales de la vida sin excluir el cambio espiritual: pero era un instrumento que debía abandonarse cuando el trabajo se hubiera realizado y aunque se diera una realización espiritual, que de hecho se da, durante la existencia del cuerpo, ésta no podría fructificar más que después del abandono de esta forma física. Generalmente, en la tradición espiritual, el cuerpo ha sido contemplado como un obstáculo, incapaz de ser espiritualizado o transmutado, y un peso pesado que ata el espíritu a la naturaleza terrestre y le impide su ascenso, bien a su realización espiritual en el Supremo, bien a la disolución de su ser individual en el Supremo. Pero

mientras esta concepción del papel del cuerpo en nuestro destino conviene bastante a una práctica que entienda la tierra únicamente como un lugar de ignorancia y la vida terrestre como una preparación para una retirada que nos salva fuera de la vida que es la condición indispensable para la liberación espiritual, es insuficiente en el caso de una práctica que concibe la vida divina sobre la tierra y la liberación de la propia naturaleza terrestre formando parte del designio total de la encarnación del espíritu aquí. Si nuestro propósito es una transformación total del ser, la transformación del cuerpo debe ser una parte indispensable de ella; sin esta transformación una vida divina integral sobre la tierra no es posible.

Es la evolución anterior del cuerpo, y especialmente su naturaleza animal y su historia animal, los que parecen interferir en el camino hacia esta consumación. Tal como hemos visto, el cuerpo es el fruto y la creación del Inconsciente, y él mismo es inconsciente o sólo semiconsciente; empezó como una forma de la Materia inconsciente, dio lugar a la vida y de un objeto material se transformó en una fuerza viva en crecimiento, desplegó la mente y desde la subconsciencia de la planta y de la mente rudimentaria inicial o inteligencia incompleta del animal dio origen a la mente intelectual y a una inteligencia humana más completa sirviendo ahora como base física, morada y medio instrumental de nuestro empeño espiritual total. Su carácter animal y sus toscas limitaciones subsisten, siendo un obstáculo para nuestra perfección espiritual; pero el hecho de que haya desarrollado un espíritu y sea capaz de servirle como instrumento probaría que es capaz de un desarrollo ulterior y podría convertirse en un santuario y una expresión del espíritu, que revelaría una espiritualidad secreta de la Materia, que podría volverse consciente del todo no sólo parcialmente, que podría alcanzar una cierta unidad con el espíritu. Todo ello debe hacerlo, hasta el punto, por lo menos, de trascender su naturaleza terrestre original, si ha de ser el instrumento completo de la vida divina en lugar de su obstáculo.

Aunque los inconvenientes del cuerpo animal y su naturaleza e impulsos animales, y las limitaciones del cuerpo humano, incluso en su mejor forma, están presentes en su origen y persisten siempre que no se alcance la completa y fundamental liberación: También están presentes su inconsciencia o su semiconsciencia y las ataduras del espíritu, la mente y la fuerza vital, a la Materia, a la materialidad de todo tipo, a la llamada de la naturaleza terrestre no regenerada, que constantemente se oponen a la llamada del espíritu y limitan el ascenso a grados superiores. Estas limitaciones en el ser físico se traducen en la esclavitud a los instrumentos materiales, desde el cerebro, al corazón y los sentidos, y los atan a la materialidad y al materialismo de todo tipo, al mecanismo corporal y a sus necesidades y obligaciones, a la necesidad imperativa de comida y a la preocupación por conseguirla y almacenarla como si fuera uno de los intereses obsesivos de la vida, a la fatiga y al sueño, a la satisfacción de los deseos corporales. De igual modo, la fuerza vital está encadenada a estas pequeñeces, tiene que limitar el alcance de sus ambiciones y deseos superiores, el impulso de superar la atracción de la tierra y de seguir las intuiciones celestes de su parte psíquica, los ideales del corazón y los anhelos del espíritu. En la mente, el cuerpo impone las ataduras del ser físico y la vida física y el sentido de que la única realidad completa es la física, considerando el resto como un fuego de artificio de la imaginación, como si las luces de la gloria sólo pudiera tener su expresión completa en cielos lejanos, en planos de existencia superiores, pero no aquí; contagia a la idea y la aspiración con el peso de la duda, a la evidencia de los sentidos sutiles y la intuición con la incertidumbre, condena al vasto campo de consciencia y experiencia suprafísica con la acusación de

irrealidad, y sujeta el crecimiento del espíritu a sus raíces terrestres, desde su humanidad original limitadora en el camino de la verdad supramental y la naturaleza divina. Estos obstáculos pueden ser superados, las negaciones y resistencias del cuerpo pueden ser vencidos, la transformación es posible. Incluso la parte inconsciente y animal en nosotros puede ser iluminada y volverse capaz de manifestar la naturaleza divina, así como nuestra humanidad mental puede ser capaz de manifestar la superhumanidad de la consciencia-verdad y la divinidad de lo que ahora es superconsciente para nosotros y hacer posible que la transformación sea una realidad aquí. Pero para llegar a esto las obligaciones y compulsiones de su animalidad deben dejar de ser imperativas y debe efectuarse una purificación de su materialidad por medio de la cual esta misma materialidad se transforme en una solidez material de la manifestación de la naturaleza divina. Pues nada esencial puede ser excluido de este cambio terrestre total; la misma Materia debe convertirse en un medio de revelación de la realidad espiritual, del Divino.

La dificultad es dual, psicológica y corporal: la primera es la consecuencia de la animalidad no regenerada actuando sobre la vida, especialmente la insistencia de los bajos instintos, deseos e impulsos del cuerpo; la segunda es el resultado de nuestra estructura corporal y de nuestra instrumentación orgánica que imponen sus restricciones sobre el dinamismo de una naturaleza divina superior. La dificultad psicológica es más fácil de tratar y vencer, pues en ella puede intervenir la voluntad e imponer en el cuerpo el poder de la naturaleza superior. Algunos de estos instintos e impulsos del cuerpo son especialmente nocivos para el aspirante espiritual, motivo de peso para el rechazo ascético del cuerpo. El sexo, la sexualidad y todo aquello que deriva del sexo y atestigua su existencia tuvo que ser prohibido y alejado de la vida espiritual, y aunque es una tarea difícil no es de ningún modo imposible, y puede hacerse de ella una condición indispensable para el buscador espiritual. Este es el proceso natural e inevitable de la práctica ascética y cumplir este requisito, aunque al principio no es fácil, se hace factible al cabo de un tiempo; superar el instinto y el deseo sexual es, de hecho, obligatorio para todo aquel que quiera alcanzar un dominio de sí mismo y seguir una vida espiritual. Es esencial un dominio de sí mismo y seguir una vida espiritual. Es esencial un dominio absoluto sobre él en todo buscador espiritual, y su completa erradicación en el asceta consumado. Todo esto tiene que ser reconocido sin minimizar la importancia de su obligatoriedad y su principio.

Pero, dejando a un lado la indulgencia física más grosera del impulso sexual, no debe excluirse el reconocimiento del principio sexual en una vida divina sobre la tierra; está ahí, en la vida, donde juega un papel importante y tenemos que aprender a manejarlo, no podemos simplemente ignorarlo, suprimirlo, reprimirlo o mirar a otro lado. En primer lugar porque en uno de esos aspectos es un principio cósmico e incluso divino; en su forma espiritual es el Ishwara y la Shakti y sin él no habría creación cósmica o manifestación del principio cósmico de Purusha y Prakriti³, ambos necesarios para la creación, necesarios también en su asociación e intercambio para el juego de su labor psicológica y en la manifestación como espíritu y Naturaleza fundamentales para el proceso universal del Lila⁴. Incluso en la vida divina sería indispensable para hacer posible la nueva creación, una encarnación de alguna forma de presencia de estos dos poderes o de su influencia generadora por medio de sus encarnaciones o representaciones. Tampoco el sexo en su acción humana sobre la mente y el nivel vital no es del todo un principio antidivino; tiene sus aspectos nobles y sus ideales, así hemos de considerarlo, y ver de qué manera podemos incluirlo en esta nueva vida superior. Toda indulgencia en la parte más grosera y animal del deseo y el impulso

sexual deberá ser eliminada; únicamente continuará entre aquellos que no están todavía listos para la vida superior o que no están preparados para la vida espiritual completa. En todos aquellos que aspiran a la vida superior pero que no han podido adoptarla por completo, el sexo habrá de refinarse, someterse al impulso espiritual o psíquico y ser controlado por la mente superior y por el vital superior y ser despojado de sus formas más ligeras, frívolas o degradadas sintiendo el contacto de la pureza del ideal. El amor permanecerá, todas las formas de verdad pura de amor crecerán paso a paso hasta que realicen su naturaleza más elevada, se expandan en el amor universal y se fusionen en el amor del Divino. El amor del hombre y la mujer también pasará por esta sublimación y consumación; pues todo aquello que pueda sentir la llamada del espíritu y del ideal debe seguir su camino ascendente hasta que alcance la divina Realidad. El cuerpo y sus actividades deben ser aceptados como parte de la vida divina y pasar a actuar bajo su ley; pero, igual que en las otras transiciones de la evolución, lo que la ley de la vida divina no pueda aceptar no debe ser incorporado sino que tendrá que abandonar la naturaleza que está ascendiendo.

Otra de las dificultades que tiene que afrontar la transformación del cuerpo es su dependencia de los alimentos para su propia existencia incluyendo los instintos, impulsos y deseos toscos del físico que están asociados a este factor dificultoso, el apetito voraz, la avidez por la comida y la glotonería animal de llenarse la tripa, el embrutecimiento de la mente cuando se arrastra en el fango de los sentidos paga una servidumbre a su parte puramente animal esclavizándose a la materia. Lo que es superior en el ser humano busca refugio en una moderación atemperada, en la frugalidad y la abstinencia o desdeña el cuerpo y sus necesidades, y en la absorción en cosas superiores. El buscador espiritual, como los ascetas jainitas, busca refugio en largos y frecuentes ayunos que le elevan, por lo menos temporalmente, por encima del alcance de las demandas corporales y que le ayudan a sentir en sí la vacuidad pura de los grandes espacios espirituales. Pero todo esto no es la liberación y podemos preguntarnos si la vida divina debe someterse a estas necesidades, no sólo al principio sino para siempre. Aunque solamente podría liberarse de ellas si pudiera encontrar el modo de sustituirlas obteniéndolas de la energía universal que no sólo sostendría las partes vitales de nuestro físico sino también su materia constituyente que no necesitaría recurrir a ninguna sustancia exterior a la Materia para alimentarse. Realmente es posible, mientras se ayuna durante un largo período, mantener toda la energía y la actividad del espíritu, la mente y la vida, incluido el cuerpo, permanecer despierto pero concentrado en el Yoga todo el tiempo, o pensar con profundidad y escribir día y noche, prescindir del sueño, caminar ocho horas diarias, manteniendo todas estas actividades una a una o todas al mismo tiempo y no sufrir ninguna pérdida de fuerza, fatiga, fallo o decadencia. Al final de un ayuno puede uno incluso volver inmediatamente a sus hábitos de comida normales o incluso comer más sin necesidad de una transición o precauciones según prescribe la ciencia médica, como si el hecho de ayunar o darse un banquete fueran condiciones naturales, que pudieran alternarse por medio de un fácil e inmediato tránsito de uno a otro, de un cuerpo ya entrenado por una especie de transformación inicial para ser un instrumento de los poderes y actividades del Yoga. Pero hay algo de lo que uno no puede escapar: de la debilitación de los tejidos materiales del cuerpo, de su carne y de su sustancia. Es aceptable pensar, si se pudiera encontrar un medio factible, que este último obstáculo invencible pudiera también ser superado y que el cuerpo se sostuviera gracias a un intercambio de sus fuerzas con las de la Naturaleza material, dándole a ella lo que reclama del individuo y tomando de ella directamente las energías sustentadoras de su existencia universal. También es lícito

pensar que podríamos redescubrir y volver a establecer, en la cumbre evolutiva de la vida, el fenómeno que observamos en su origen, el poder de obtener de nuestro entorno los medios de subsistencia y auto-renovación. O quizás el ser evolucionado podría adquirir el gran poder de hacer descender estos medios de lo alto en vez de extraerlos del entorno inmediato o desde abajo. Pero hasta que algo parecido pueda conseguirse o hacerse posible tenemos que volver al alimento y a las fuerzas materiales establecidas por la Naturaleza.

De hecho, aunque no nos demos cuenta, estamos acudiendo constantemente a la energía universal, a la fuerza en la Materia para renovar nuestra existencia material, la mente, el vital y otras potencias del cuerpo: lo hacemos directamente en un proceso invisible de intercambio constante en el juego de la Naturaleza y por los medios que esta dispone: respirar es uno de ellos, como dormir o reposar. Pero como medio básico de mantener y renovar el cuerpo física denso, sus funciones y sus potencias interiores, la Naturaleza ha seleccionado la obtención de materia exteriormente en forma de alimento, su digestión, asimilación de lo que sea asimilable y eliminación de lo que no debe o no puede ser asimilado. Este proceso es por sí mismo suficiente para la subsistencia, pero ha añadido una tendencia innata a la actividad física y a todo tipo de juegos para asegurar la salud y la fortaleza del cuerpo que se alimenta de esta manera, métodos estos de consumir y renovar las energías, y también ha añadido la elección o la necesidad de actuar y trabajar de formas muy diversas. En la nueva vida, por lo menos al principio, no sería necesario o aconsejable intentar rechazar de forma precipitada o extrema la necesidad del alimento que el método natural ha establecido para el mantenimiento de un cuerpo todavía imperfectamente transformado. Si llega o cuando llegue el momento de trascender estas cosas será consecuencia de una apertura de la voluntad del espíritu, y de una voluntad en la Materia, de una urgencia evolutiva imperativa, de un acto de la transmutación creativa del Tiempo o de un descenso de la trascendencia. En el ínterin, la obtención de la energía universal por una acción consciente de los poderes superiores del ser en el propio entorno, o desde arriba por medio de la llamada a aquello que para nosotros es todavía una consciencia trascendente, o por una invasión o descenso de la propia Trascendencia, podría convertirse en un fenómeno ocasional, frecuente o constante que llegaría a reducir la necesidad del alimento a unos mínimos no preocupantes, convirtiéndola en una necesidad menor y cada vez menos imperiosa. Por el momento el alimento y el proceso ordinario de la Naturaleza puede ser aceptado, aunque su uso ha de estar libre de apego o deseo y de los apetitos indiscriminados más groseros, que están aferrados a los placeres de la carne, pues tal es el camino de la ignorancia; los procesos físicos tienen que volverse sutiles y los más groseros deben ser eliminados y tienen que encontrarse nuevos procesos o emerger nuevos instrumentos. Mientras se acepte este proceso ordinario podemos permitirnos un placer refinado y puede que incluso un Ananda del gusto desprovisto de deseo sustituya a los sabores físicos y a nuestras predilecciones humanas guiadas por el agrado o el desagrado, que es la respuesta actual imperfecta a lo que la Naturaleza nos ofrece. Hemos de recordar que para vivir una vida divina en la tierra, la tierra y la Materia no deben ni pueden ser rechazadas sino sólo sublimadas y han de revelar en ellas mismas las posibilidades del espíritu, servir a los usos más elevados del espíritu y ser transformadas en un instrumentos de una vida superior.

La vida divina debe actuar siempre bajo el impulso de la perfección; una perfección del gozo de vivir es parte de la vida divina, una parte esencial, el deleite corporal en las cosas y la alegría de vivir del cuerpo no tienen que ser excluidas sino

volverse perfectas. Una totalidad ampliada es la verdadera naturaleza de este nuevo modo de existencia progresivo: llevar hasta el máximo las posibilidades de la mente transmutándolas en sustancia de luz, las de la vida convirtiéndola en una fuerza de poder espiritual y gozo, las del cuerpo transformándolo en un instrumento de la acción divina, del conocimiento divino y del gozo divino. Todo lo que sea capaz de transformarse, todo aquello que pueda ser un instrumento, un canal, una oportunidad para la expresión de la totalidad del Espíritu que se manifiesta, puede formar parte de la vida divina.

El sexo es uno de los problemas para aquellos que quieran rechazar del todo las obligaciones impuestas por la animalidad del cuerpo y que se presenta como una oposición insistente en el camino del aspirante a una vida superior: la necesidad de perpetuar la especie a través de la actividad sexual, que es el único medio que la Naturaleza ha dispuesto en los seres vivos y que ha sido impuesta inevitablemente a la especie. No es necesario que el individuo que busca la vida divina o los grupos que la tiene como ideal, no en sí mismos sino para una colectividad, deban preocuparse por la perpetuación de la especie. Siempre habrá una multitud a la que no le importe la vida divina o que no esté preparada para su práctica completa y en ellos podemos delegar la tarea de perpetuar la especie. El número de aquellos que llevan una vida divina podría mantenerse e incrementarse a medida que se extendiera el ideal, por la adhesión voluntaria de los que han sido llamados por la aspiración, y en ese caso no se necesitaría acudir a medios físicos, ni a una desviación de la regla de una estricta abstinencia sexual. Pero se darían ciertos casos en que, mirándolo desde otro punto de vista, sería deseable una creación voluntaria de cuerpos para que alojaran los espíritus que buscan entrar en la vida terrestre para ayudar en la creación y extensión de la vida divina sobre la tierra. En este caso, la necesidad de una procreación física a este propósito sólo podría evitarse si evolucionara y se hiciera viable un nuevo medio de procreación suprafísico. Un desarrollo tal provendría necesariamente de aquello que hoy se considera como la esfera de lo oculto y del uso de poderes escondidos de acción o creación que la mente del común de la humanidad no conoce. Ocultismo, significa en su acepción más correcta el uso de poderes superiores de nuestra naturaleza, espíritu, mente, fuerza. Vital y las facultades de la consciencia física sutil para producir unos resultados en su propio plano o en el plano material mediante una presión de su propia ley secreta y de sus potencialidades, para obtener una manifestación y un resultado en la mente, la vida o el cuerpo material humano o terrestre o en objetos o sucesos en el mundo de la materia. Algunos pensadores muy conocidos piensan que el próximo paso que la humanidad debe dar en su evolución más inmediata es este descubrimiento o extensión de unos poderes poco conocidos o aún no desarrollados; el tipo de procreación del que hemos hablado no figura todavía en sus previsiones aunque podría considerarse como una de las nuevas posibilidades. Incluso la ciencia física está intentando encontrar los medios físicos para superar el instrumento ordinario, o procedimiento de la Naturaleza en materia de propagación o renovación de la fuerza vital física en los seres humanos o animales; pero el uso de medios ocultos y la intervención de procesos físicos sutiles, si pudiera ser posible, abriría nuevos caminos que podrían evitar las limitaciones, la degradación, la insuficiencia y una imperfección importante de los medios y resultados a los que ha de recurrir la ley de la fuerza material. En la India desde el inicio de los tiempos ha existido siempre una creencia extendida en la posibilidad y la realidad del uso de estos poderes por parte de los hombres que poseen un conocimiento avanzado de estas cosas secretas o con un conocimiento, una experiencia y una fuerza dinámica espirituales desarrolladas, incluso

en los Tantras hay un sistema organizado de su método y práctica. Es una creencia común el hecho de que la intervención de un yogui puede provocar un nacimiento deseado y a menudo se acude a él con este fin, solicitando el otorgamiento de un niño concebido por un método espiritual o por designio de su voluntad pidiendo también su bendición, siendo éste un fenómeno que no sólo ha sido relatado en la tradición del pasado sino del que existen testimonios actuales. Pero aquí todavía encontramos la necesidad de recurrir a los medios normales de propagación y al método grosero de la Naturaleza física. Si queremos evitar esta necesidad, nos hace falta un método puramente oculto, y recurrir a procesos suprafísicos actuando con medios suprafísicos para producir un resultado físico pues no hay otro modo de trascender el impulso sexual que actúa por medio de procesos animales. Si los fenómenos de materialización y desmaterialización tienen algo de verdad, como declaran los ocultistas, y de los que también hemos sido testimonio muchos de nosotros, entraría dentro de las posibilidades reales un método de este tipo. Pues dentro de la teoría ocultista y en los grados y planos de nuestro ser que el conocimiento yóguico despliega ante nosotros, existe no sólo una fuerza física sutil sino también una materia física sutil que interviene entre la vida y la Materia ordinaria, y es posible crear formas en esta sustancia físico sutil precipitándolas luego en la materialidad más tosca. Debería ser posible, y así lo creemos, que un objeto formado en esta sustancia físico sutil pudiera pasar de su estado de sutilidad a la Materia ordinaria directamente por intervención de una fuerza y un proceso ocultos, con o sin asistencia o intervención de un procedimiento material ordinario. Un espíritu que deseara entrar en un cuerpo, o que deseara formarse un cuerpo él mismo, con objeto de participar en la vida divina sobre la tierra podría ser asistido en el proceso o se le podría facilitar dicha forma utilizando dicho método o por transmutación directa sin pasar por el nacimiento que surge del proceso sexual o sin sufrir ninguna degradación o ninguna de las grandes limitaciones que se producen en el crecimiento y desarrollo de la mente y el cuerpo material y que son inevitables en nuestro presente modo de existencia. Podría asumir así, en el mismo instante la estructura, los grandes poderes y el funcionamiento del cuerpo material verdaderamente divino que un día debe emerger de la evolución progresiva en una existencia totalmente transformada tanto de la vida como de la forma en una naturaleza terrestre divinizada.

Pero, ¿cuál habría de ser la estructura o forma interna o externa y cuáles los instrumentos de este cuerpo divino? La historia material del desarrollo del cuerpo humano y animal lo ha circunscrito a un sistema de órganos minuciosamente construido y elaborado y a un orden precario en su funcionamiento que puede fácilmente desordenarse, abierto a una desorganización general o local que depende de un sistema nervioso fácilmente perturbable y regido por un cerebro cuyas vibraciones se suponen mecánicas y automáticas, no bajo nuestro control consciente. Según los materialistas, todo responde únicamente a un funcionamiento de la Materia cuya realidad fundamental es química. Hemos de suponer que el cuerpo está construido por el concurso de elementos químicos que constituyen los átomos, moléculas y células que a su vez son agentes y solamente conductores formando la base de una estructura y unos instrumentos físicos complicados que son la única causa mecánica de todas nuestras acciones, pensamientos, sentimientos, siendo el espíritu una ficción y la mente y la vida únicamente una apariencia y manifestación material y mecánica de esta máquina que se forma y funciona automáticamente con la consciencia como ficción en ella creada por las fuerzas inherentes en la Materia inconsciente. Si fuera esta la verdad, es obvio que cualquier divinización o transformación divina del cuerpo o de cualquier otra cosa no sería más que una ilusión, una imaginación, una quimera sin sentido e imposible. Y

aunque demos por supuesta la existencia del espíritu, de una voluntad consciente que habita este cuerpo no podría llegar a una transformación divina si no se diera un cambio radical en el propio instrumento corporal y en la organización de su funcionamiento material. El agente transformador estaría sujeto y contenido por las limitaciones de un organismo físico inalterable, entorpecido por nuestro origen animal sin modificar, o imperfectamente modificado. La posibilidad de que se produjeran desórdenes, trastornos y enfermedades propias de esta disposición física seguiría existiendo y sólo podrían eliminarse por una vigilancia constante y un control perenne ineludible sobre el instrumento corporal de su morador y maestro espiritual. A esto no podríamos llamarle un verdadero cuerpo divino, pues en un cuerpo divino lo natural e inmutable sería una libertad inherente de todas estas cosas. Esta libertad constituiría la verdad originaria y normal de su ser y por lo tanto inevitable e inalterable. Sería imperativa una radical transformación del funcionamiento y, quizás también de la estructura, del sistema corporal y con toda seguridad de las fuerzas demasiado mecánicas y materiales que lo conducen e impulsan. ¿Qué entidad podríamos encontrar que sirviera de instrumento de esta liberación y cambio totales? Hay algo en nosotros, o algo que hemos de desarrollar, quizás una parte central, todavía oculta, de nuestro ser que contiene las fuerzas cuyos poderes, en nuestra disposición actual y presente, son sólo una fracción de lo que podrían llegar a ser, pero que si llegaran a ser completas y dominantes serían verdaderamente capaces, mediante la ayuda de la luz y fuerza del espíritu y de la consciencia-verdad supramental, de efectuar la transformación física necesaria con sus consecuencias. Podría ser el sistema de Chakras revelado por el conocimiento tántrico y aceptado en los sistemas de yoga, centros conscientes y fuente de todos los poderes dinámicos de nuestro ser, que organizan su acción a través de los plexos y que están dispuestos en series ascendentes desde el centro físico más inferior hasta la mente superior y el centro espiritual denominado el loto de los mil pétalos donde la Naturaleza ascendente, el Poder de la Serpiente de los tántricos, se une a Brahman y es liberado en el Ser Divino. Estos centros están en nosotros cerrados o semicerrados y deben ser abiertos para que pueda ser manifestada su plena potencialidad en nuestra naturaleza física: pero una vez abiertos y completamente activos, no se le puede poner límite fácilmente al desarrollo de sus potencialidades para que la transformación total sea posible.

Aunque ¿cuál sería el resultado de la emergencia de dichas fuerzas y de su acción liberada y divina sobre el propio cuerpo? ¿cuál su conexión dinámica y de su proceso de transformación sobre la naturaleza animal todavía existente y sobre los impulsos animales y el procedimiento material ordinario? Podríamos sostener que el primer cambio necesario sería la liberación de la mente, de la fuerza vital, de los medios físico-sutiles y de la consciencia física transformados en una actividad más libre y divina, un funcionamiento de la consciencia multidimensional e ilimitado, una gran irrupción de poderes superiores y la sublimación de la propia consciencia corporal, de sus instrumentos, de su capacidad, de la capacidad de manifestar el espíritu en el mundo de la Materia. Los sentidos sutiles ahora ocultos en nosotros podrían ponerse al frente de una acción libre y los propios sentidos materiales tornarse medios o canales para la visión de lo que ahora es invisible para nosotros o el descubrimiento de cosas que nos rodean pero que no podemos captar y ocultas a nuestro conocimiento. Podríamos imponer una vigilancia estrecha a los impulsos de la naturaleza animal o éstos podrían ser purificados y sutilizados para que fueran útiles y no perjudiciales y así ser transformados para ser parte y proceso de una vida más divina. Pero incluso estos cambios dejarían un residuo de procesos materiales que seguirían por la vía anterior y

que no podrían someterse al control superior y, que si debido a esto no pudieran ser cambiados, obstaculizarían el resto de la transformación que resultaría probablemente incompleta. Una transformación total del cuerpo requeriría un cambio suficiente en la parte más material del organismo, de su constitución, de sus procesos y de su ley natural.

También puede pensarse que un control absoluto sería suficiente, un conocimiento, una visión del organismo y de su acción oculta y un control efectivo que determine sus operaciones conforme a su voluntad consciente. Esta posibilidad ha sido contemplada como algo ya conseguido y parte de un desarrollo de los poderes interiores en algunos seres humanos. La cesación de la respiración mientras la vida del cuerpo se mantiene estable, la suspensión hermética voluntaria no sólo de la respiración sino de todas las manifestaciones vitales por largos períodos, el cese de los latidos del corazón también voluntario mientras el pensamiento, el habla y otras operaciones mentales continúan inalterables, éstos y otros fenómenos del poder de la voluntad sobre el cuerpo son ejemplos bien conocidos y probados de esta clase de maestría. Pero estos son éxitos ocasionales o esporádicos y no valen para la transformación. Es necesario un control total y una maestría estable, permanente y, por supuesto, natural. Incluso una vez alcanzada ésta podría exigirse algo más fundamental para la liberación completa y la transformación en un cuerpo divino.

De nuevo podría alegarse que también la estructura orgánica del cuerpo, y no sólo su forma básica externa, habría de retenerse como el fundamento material necesario para el mantenimiento de la naturaleza terrestre, la conexión de la vida divina con la vida de la tierra y una continuación del proceso evolutivo con objeto de prevenir una ruptura hacia delante saltándose este proceso para introducirse en un estado de ser que sería propio de un plano superior y no de una realización divina terrestre. La existencia prolongada del animal en nuestra naturaleza, suficientemente transformada para ser un instrumento de manifestación y no un obstáculo, sería necesario para preservar la continuidad, la evolución total; se necesitaría como un vehículo vivo, *vahana*, del dios emergente en el mundo material donde tendría que actuar y conseguir los logros y las maravillas de la nueva vida. Seguramente debe existir una forma corporal que pueda realizar dicha conexión y una acción corporal que conlleve el dinamismo terreno y sus actividades fundamentales, pero la conexión no debe ser un obstáculo o una limitación restrictiva o una contradicción del cambio total a realizar. El mantenimiento del presente organismo sin transformación alguna del mismo no haría más que actuar como frontera y límite de la antigua naturaleza. Habría una base material pero sería de una tierra terrenal, de una tierra antigua y no de una nueva tierra con una estructura psicológica más divina, pues el antiguo sistema no estaría en armonía con esta estructura y ésta no podría servir a su futura evolución o ni siquiera sostenerla como una base en la Materia. Encadenaría parte del ser, una parte inferior a una humanidad no transformada y a un funcionamiento animal que no habría cambiado e impediría su liberación en pos de la superhumanidad de la naturaleza supramental. Así que aquí también se precisa un cambio, que es parte necesaria de la transformación corporal total, que divinizaría al hombre por completo, por lo menos en su resultado último y no dejaría incompleta su evolución.

Debe decirse que para llegar a esta meta bastaría con que la instrumentación de los centros y sus fuerzas reinaran sobre todas las actividades de la naturaleza con un dominio total del cuerpo, y que hicieran de su forma estructural y sus funciones orgánicas un canal y un medio libres para la comunicación y un instrumento plástico de

percepción y de acción dinámica para todo aquello que deben hacer en la vida material, en el mundo de la Materia. Tendría que darse un cambio en los procesos operativos de los propios órganos materiales y, podría ser, en su misma constitución y su importancia, no se les permitiría imponer sus limitaciones de forma imperativa sobre la nueva vida física. Para empezar, se convertirían de forma más clara en los extremos exteriores de los canales de comunicación y acción, que servirían más a los propósitos psicológicos del morador, con respuestas menos ciegas en lo material, más conscientes del acto y objeto de los movimientos y poderes interiores que los usan, y que el hombre material en nosotros cree erróneamente que los genera y usa. El cerebro sería un canal de comunicación de la forma de los pensamientos y un acumulador de su insistencia en el cuerpo y en el mundo exterior donde podrían hacerse efectivos directamente, comunicándose sin medios físicos de mente a mente, produciendo un efecto directo similar sobre los pensamientos, las acciones y las vidas de los demás o incluso sobre las cosas materiales. El corazón sería igualmente un comunicador directo y un medio de intercambio de los sentimientos y emociones proyectados hacia el mundo exterior por las fuerzas del centro psíquico. El corazón podría responder directamente al corazón, la fuerza vital podría ser una ayuda para la vida de otros y contestar a sus llamadas, en lugar de extrañarse y distanciarse, muchos seres sin ninguna comunicación externa vibrarían con el mensaje y se encontrarían en la luz secreta del mismo centro divino. La voluntad podría controlar los órganos que tienen relación con la comida, salvaguardar la salud automáticamente, eliminar la codicia y el deseo, sustituir procesos más sutiles u obtener fuerza y sustancia de la fuerza de vida universal de manera que el cuerpo pudiera mantener por largo tiempo su propia fuerza y sustancia sin pérdida o eliminación, no necesitando así el sustento de los alimentos materiales, y sin embargo siendo capaz de continuar una acción vigorosa sin fatiga, pausa para el sueño o reposo. La voluntad del espíritu o de la mente podrían actuar desde instancias superiores sobre el centro del sexo y los órganos sexuales para someterlos con firmeza o incluso desterrar el estímulo o impulso sexual grosero y en lugar de estar al servicio de una excitación animal o de los bajos instintos o deseos, orientaría su uso a acumular, producir y dirigir hacia el cerebro, el corazón y la fuerza vital, la energía esencial, *ojas*, que es forja en este medio, y podría así dar soporte a las labores de la mente, el alma y el espíritu y a los poderes de la vida superior y limitar el empleo de la energía en los asuntos inferiores. El alma, el ser psíquico podría llenarlo todo más fácilmente de luz y orientaría la propia materia corporal para usos superiores conforme a los más nobles fines que le son propios.

Este sería un primer cambio muy potente pero de ninguna manera se habría llegado al cambio total posible o deseable. Pues bien podría suceder que el impulso evolutivo procediera por medio de un cambio en el uso y funcionamiento material de los propios órganos y se disminuyera así en gran medida la necesidad de que sirvieran como instrumentos o incluso la necesidad de su propia existencia. Los centros del cuerpo sutil, *sukusma sarira*, del cual nos haremos conscientes y conoceremos todo lo que en él suceda, podrían verter sus energías en los nervios, plexos y tejidos materiales e irradiarlas por medio de ellos a la totalidad del cuerpo material; toda la vida física, y las actividades que ésta conlleva, podrían mantenerse y ejecutarse en esta nueva existencia mediante estas instancias superiores de forma más libre y extensa y con unos métodos menos costosos y restrictivos. Se podría llegar al punto en que estos órganos dejaran de ser indispensables e incluso que constituyeran un obstáculo: la fuerza central podría utilizarlos cada vez menos y finalmente desechar su uso por completo. Si esto sucediera podrían extinguirse por atrofia, quedar reducidos a un mínimo, o incluso

desaparecer. La fuerza central los podría sustituir por órganos sutiles de un carácter muy distinto o, si fuera necesario algo material, por instrumentos que serían formas dinámicas o transmisores plásticos, más que aquellos que conocemos como órganos. Esto sería parte de una transformación total suprema del cuerpo, aunque no llegara a ser lo definitivo. Pero pensar en tales cambios es mirar demasiado lejos y las mentes apegadas a la forma presente de las cosas no daría crédito a una posibilidad de este tipo. No podemos poner límites, ni imposibilidades a cualquier cambio necesario siguiendo el impulso evolutivo. No todo tiene que ser cambiado fundamentalmente: al contrario, se ha de preservar todo aquello que todavía se necesite en su conjunto, pero todo tiene que ser perfeccionado. Cualquier cosa necesaria en el plan evolutivo para aumentar, ampliar, y elevar la consciencia, que es su propósito y voluntad aquí en la tierra, o el progreso de los medios que la posibilitan y del medio que la sostiene, tiene que ser conservada y fomentada; pero aquello que ha de superarse, lo que ya no tiene un uso o que está degradado, lo que ya no ayuda o retarda, puede ser descartado y abandonado. Este hecho ha sido una constante en la historia de la evolución del cuerpo desde sus orígenes en formas elementales hasta su tipo más desarrollado, el ser humano, por ello es lógico que este proceso siga operando en la transición del cuerpo humano al cuerpo divino. Pues para la manifestación o constitución de un cuerpo divino en la tierra tiene que haber una transformación inicial, la aparición de un tipo nuevo, superior y más desarrollado, no sólo la continuación, con pequeñas modificaciones, de la forma física actual y de sus posibilidades limitadas. Hay que preservar lo que haya de preservarse, es decir, todo aquello que sea necesario o práctico para los usos de la nueva vida en la tierra; todo aquello que se necesite todavía y pueda ser útil para la vida nueva, aunque sea imperfecto, tendrá que ser retenido, desarrollado y perfeccionado; todo aquello que ya no sirva para los nuevos objetivos, o que constituya una desventaja, debe ser descartado. Los instrumentos y formas necesarios de la Materia deben permanecer pues la vida divina tiene que manifestarse en un mundo material, pero su materialidad ha de ser refinada, elevada, ennoblecida, iluminada, ya que la Materia y el mundo de la Materia tienen que manifestar progresivamente el Espíritu que mora en ella.

El nuevo tipo, el cuerpo divino, debe continuar con la forma evolutiva ya desarrollada; ha de haber una continuidad en la Naturaleza tipo que ha venido desarrollándose, una continuidad desde el cuerpo humano hasta el cuerpo divino, sin producirse una ruptura irreconocible, sino dando un paso superior al ya conseguido y, en parte, perfeccionado. El cuerpo humano contiene partes e instrumentos que están lo suficientemente desarrollados para realizar la vida divina, y estos han de sobrevivir en su forma, aunque han de lograr un perfeccionamiento ulterior, suprimiendo las limitaciones en su uso y campo de acción, eliminando su proclividad al defecto, a la enfermedad y a la degradación y llevando más allá de los límites actuales su capacidad de cognición y de acción dinámica. El cuerpo tiene que adquirir nuevos poderes que nuestra actual humanidad puede difícilmente pensar en realizar, ni vislumbrar, sólo imaginar. Gran parte de lo que ahora conocemos, elaborado o creado por herramientas y maquinarias inventadas, podría hacerlo el nuevo cuerpo por su propio poder o por el espíritu que mora en él mediante su fuerza espiritual directa. Este cuerpo podría adoptar nuevos métodos y formas de comunicación con otros cuerpos, nuevos procesos de adquisición de conocimiento, una nueva estética, nuevas fuerzas de manipulación del propio cuerpo y de los objetos. No debería ser imposible para éste poseer o desplegar medios acordes a su propia constitución, sustancia o instrumentos naturales para hacer que lo lejano se haga más próximo y anular las distancias, para conocer aquello que ahora está más allá del conocimiento corporal, para actuar donde ahora no puede actuar

o está fuera de su alcance, desarrollando formas sutiles y plásticas que no podrían ser aplicadas en las condiciones actuales de instrumentación material necesariamente fija. Estas y otras potencialidades podrían aparecer y el cuerpo podría convertirse en un instrumento inconmensurablemente superior al que hoy podamos soñar con nuestra imaginación. Podría producirse una evolución desde un primer contacto con la consciencia-verdad hasta las alturas más elevadas de los niveles ascendentes de la supermente e incluso sobrepasar los bordes de la supermente donde se empiezan a dibujar, desarrollar y delinear formas expresivas de vida bañadas por la pura y suprema Existencia-Consciencia-Beatitud que constituye los mundos de una verdadera existencia soberana: los mundos dinámicos de Tapas, la gloria y la dulce beatitud, la esencia y cima absoluta del Ananda, creador de todo. La transformación del ser físico podría seguir esta línea de progresión incesante y el cuerpo divino reflejar o reproducir aquí, en una vida divina en la tierra, algo de esta suma grandeza y gloria del Espíritu que se automanifiesta.

1. *Vaishnava*: seguidores de Vishnu (y particularmente de Krishna, encarnación de Vishnu)
2. *Cinmaya deha*: el cuerpo consciente o cuerpo dorado.
3. *Ishwara*, el Señor supremo, el Eterno, la Transcendencia divina y *Shakti*, la fuerza creadora, la Madre divina. Al nivel de la creación, Ishwara-Shakti (ser doble) se convierten en *Purusha-Prakriti*: Purusha, el Alma en oposición a la Naturaleza (Prakriti), el Ser en oposición al Devenir, la base consciente según la que se desarrolla el juego de la Prakriti.
4. *Lila*: el juego cósmico del Divino.

III

La Supermente y la Vida Divina

Una vida divina sobre la tierra, el ideal que nos hemos propuesto, sólo podrá ser realidad a través de un cambio espiritual de nuestro ser y un cambio radical y fundamental, una evolución o revolución de nuestra naturaleza. El ser encarnado sobre la tierra tendrá que alzarse por encima del dominio que ejercen sobre él sus velos de la mente, la vida y el cuerpo hasta alcanzar la plena consciencia y posesión de su realidad espiritual y su naturaleza tendrá también que ser elevada desde la consciencia y el poder de consciencia propios del ser mental, vital y físico hasta la consciencia y el poder-de-ser más grandes y la vida más vasta y libre del espíritu. No perderá los antiguos velos pero ya no serán velos o expresiones imperfectas sino manifestaciones verdaderas; se transformarán en estados de luz, poderes de vida espiritual, vehículos de una existencia espiritual. Pero, de nuevo, esto no sería posible si la mente, la vida y el cuerpo no fueran elevados y transformados por un estado-de-ser y una fuerza-de-ser fuera superior a ellos, por el poder de una Supermente tan superior a nuestra naturaleza mental incompleta como ésta es superior a la naturaleza de la vida animal y de la Materia animada, o inmensurablemente superior a la mera naturaleza material.

La Supermente es en su misma esencia una consciencia-verdad, una consciencia libre de la Ignorancia que es el fundamento de nuestra existencia natural o evolutiva presente y desde la cual la naturaleza en nosotros está intentando llegar al conocimiento del ser-esencial y al conocimiento-del-mundo y a una consciencia correcta y un uso correcto de nuestra existencia en el universo. La Supermente, debido a su carácter de consciencia-verdad, tiene inherente en ella este conocimiento y este poder de existencia verdadera; su sendero es recto y puede ir directo hacia su objetivo, su campo de acción es vasto y puede incluso hacerse ilimitado. Esto es así porque su naturaleza verdadera es conocimiento: no tiene que adquirir conocimiento sino que lo posee por derecho propio; su progresión no es de la nesciencia o la ignorancia hacia una luz imperfecta, sino de una verdad a otra cada vez más grande, de una percepción correcta a una percepción más profunda, de una intuición a otra intuición, de una iluminación a una luminosidad absoluta e ilimitada, de una vastedad inmensa a la misma infinitud. En su cúspide posee la omnisciencia divina y la omnipotencia, pero incluso en un movimiento evolutivo de su propia manifestación gradual, a través del cual ha de revelar finalmente sus propias cumbres supremas debe estar en virtud de su misma naturaleza esencialmente libre de la Ignorancia y el error: comienza en posesión de la verdad y la luz y se mueve siempre en ellas. Como quiera que su conocimiento es siempre verdadero, su voluntad también lo es; no tantea en la ejecución de las cosas ni tropieza al andar. La emoción y el sentimiento en la Supermente no se aparta de su verdad, no comete errores o deslices, no se desvía de lo correcto y lo real, no puede hacer mal uso de la belleza y el deleite o apartarse de la rectitud divina. Los sentidos en la Supermente no pueden confundirse o desviarse hacia lo grosero mientras que aquí forma parte de sus imperfecciones naturales y es causa de reproche, desconfianza y abuso por nuestra ignorancia. Incluso un planteamiento incompleto hecho por la Supermente es una verdad que conduce a otra verdad, su acción incompleta un paso hacia su consumación. Toda la vida, la acción y la dirección de la Supermente están a salvo por su misma naturaleza de la falsedad y la incertidumbre que son nuestro sino; se mueve sin peligro hacia su perfección. Una vez que la consciencia-verdad se haya establecido aquí sobre sus fundamentos invulnerables la evolución de la vida será un progreso feliz, una marcha a través de la luz hacia el Ananda.

La Supermente es una realidad eterna del Ser divino y de la Naturaleza divina. En su propio plano existe y siempre ha existido y posee su propia ley esencial del ser; no tiene que ser creada o emerger o evolucionar hacia la existencia desde la involución de la Materia o desde la no-existencia, como podría parecer desde el punto de vista de la mente que para sí misma se considera procedente de la vida y la Materia o que ha evolucionado de una involución en la vida y la Materia. La naturaleza de la Supermente es siempre la misma, un ser de conocimiento, que avanza de verdad en verdad, creando o, más bien, manifestando lo que ha de ser manifestado por el poder de un conocimiento pre-existente, no por azar sino por una necesidad de su propia esencia y, por lo tanto, inevitable. Su manifestación de la vida divina será también inevitable; su vida en su propio plano es divina y, si la Supermente desciende sobre la tierra, traerá con ella, necesariamente, la vida divina y la establecerá aquí.

La Supermente es el nivel de existencia más allá de la mente, la vida y la Materia y, así como la mente, la vida y la Materia se han manifestado en la tierra, también lo hará la Supermente en el curso inevitable de lo manifestado en este mundo de Materia. De hecho, ya hay aquí una supermente, pero involucionada, oculta tras la mente, la vida y la Materia manifestadas y que todavía no actúa de forma patente o con

su propia poder: si actúa, es a través de estos poderes inferiores y queda modificada por sus peculiaridades y así no resulta reconocible. Es únicamente por la aproximación y llegada de la Supermente descendente que puede liberarse sobre la tierra y revelarse en la acción de nuestras partes materiales, vitales y mentales para que estos poderes inferiores puedan devenir porciones de una actividad totalmente divinizada de todo nuestro ser: será este hecho el que nos conducirá a una divinidad completamente realizada o a la vida divina. Y es así porque la vida y la mente involucradas en la Materia se han realizado a sí mismas aquí; porque sólo puede evolucionar lo que estaba involucrado, si no no podría emerger.

La manifestación de una consciencia-verdad supramental es, por lo tanto, la realidad capital que hará posible la vida divina. Cuando todos los movimientos de pensamiento, impulso y acción estén gobernados y dirigidos por una consciencia-verdad luminosamente automática que existe por sí misma y toda nuestra naturaleza llegue a estar constituida por esta consciencia-verdad y hecha de su misma sustancia, la vida divina será entonces completa y absoluta. Incluso tal como es ahora, en realidad, no en la apariencia de las cosas, es un conocimiento y verdad secretos autoexistentes que obran para manifestarse en esta creación. El Divino está ya inmanente en nosotros, nosotros mismos somos el Divino en nuestra realidad más profunda y es esta realidad la que tenemos que manifestar; es esto lo que constituye el impulso hacia la existencia divina y hace necesaria la creación de la vida divina incluso en esta existencia material.

Una manifestación de la Supermente y de su consciencia-verdad es, por lo tanto, inevitable; debe acontecer en este mundo más pronto o más tarde. Pero tiene dos aspectos, un descenso desde arriba, un ascenso desde abajo, una auto-revelación del Espíritu, una evolución en la Naturaleza. El ascenso es necesariamente un esfuerzo, un trabajo de la Naturaleza, un impulso o nius por su parte para elevar las partes inferiores por un cambio evolutivo o revolucionario, por una conversación o transformación en la realidad divina y podría ocurrir por un proceso o progreso o por un milagro rápido. El descenso o auto-revelación del Espíritu es un acto de la suprema Realidad desde arriba que hace posible la realización y puede aparecer como una ayuda divina que conduce a la consecución del progreso y el proceso o como la sanción al milagro. La evolución, tal como la contemplamos en este mundo, es un proceso lento y dificultoso y, en efecto, necesita normalmente de innumerables siglos para conseguir resultados duraderos; pero esto es debido a que por su naturaleza es una emergencia desde comienzos inconscientes, un comienzo desde la nesciencia y una acción en la ignorancia de los seres naturales por lo que parece ser una fuerza inconsciente. Puede haber, al contrario, una evolución en la luz y no más en la oscuridad, donde el ser que evoluciona sea un participante consciente y cooperador, y es esto precisamente lo que debe suceder aquí. Incluso en el camino del esfuerzo y el progreso desde la Ignorancia al Conocimiento debe existir este empeño, en parte si no totalmente, de realizarlo en lo más elevado de la naturaleza, y luego debe ser enteramente eso en el movimiento final hacia el cambio espiritual, la realización y la transformación. Y aún debe serlo más cuando se produzca la transición que cruce la línea divisoria entre la Ignorancia y el Conocimiento y la evolución vaya desde el conocimiento a otro conocimiento más grande, de una consciencia a otra consciencia mayor, de un ser a otro ser más elevado. Ya no será entonces necesario el ritmo lento de la evolución ordinaria; podrá haber una conversión rápida, ágiles transformaciones una tras otra, que nuestra mente actual ordinaria calificaría de una sucesión de milagros. Una evolución en los niveles supramentales podría muy bien ser de esta naturaleza, también podría ser, si el ser así lo eligiera, un

pasaje más tranquilo de un estado supramental o de una condición supramental de las cosas hacia algo más allá pero siempre supramental, de un nivel divino a otro nivel divino, una construcción de gradaciones divinas, un crecimiento libre hacia la suprema Supermente o incluso más allá hacia niveles del ser, de la consciencia y Ananda todavía no soñados.

El conocimiento supramental, la consciencia-verdad de la supermente es en sí misma una y total: incluso cuando hay una limitación voluntaria del conocimiento o de lo que podría parecer una manifestación parcial, lo es voluntariamente; la limitación no procede de o conduce a ningún tipo de ignorancia, no es una negación o una retención del conocimiento, porque el resto de la verdad que no se ha llevado a la expresión está ahí, implícita. Por encima de todo, no hay contradicciones: aquello que para la mente serían opuestos, aquí llevarían en sí mismos una relación adecuada y un acuerdo reconciliador, -si de reconciliación puede hablarse ya que la armonía de estos aparentes opuestos es completa. La mente tiende a oponer lo impersonal y lo personal como si fueran contrarios, pero la Supermente los ve y realiza, como mínimo, como poderes complementarios y recíprocamente integradores de una Realidad única y, aún más específicamente, como fundidos e inseparables y ellos mismos esa única Realidad. La Persona tiene este aspecto de impersonalidad que es inseparable de ella misma, sin él no podría ser lo que es o no podría ser su ser completo: lo Impersonal no es, en su verdad, un estado de existencia, un estado de consciencia y un estado de beatitud, sino un Ser auto-existente, consciente del ser-en-sí, lleno de su beatitud auto-existente, siendo esta beatitud la verdadera sustancia de su ser, igual que, la única e ilimitable Persona, el Purusha. En la Supermente lo finito no corta o limita el infinito, no se siente contrario al infinito; sino que siente su propia infinitud: lo relativo y lo temporal no es una contradicción de la eternidad sino una relación correcta de sus aspectos, un devenir natural o una característica imperecedera de lo eterno. El tiempo no es más que lo eterno en extensión y lo eterno puede percibirse en el momento. De este modo el Divino integral está ahí en la Supermente y ninguna teoría de ilusión o de maya contradictorio es necesaria para justificar su forma de existencia. Es obvio que un escape de la vida no es necesario para que el Divino se encuentre a sí mismo o a su realidad; ya lo posee siempre, tanto en la vida cósmica como en su existencia trascendente. La vida divina no puede ser una contradicción del Divino o de su suprema realidad; es una parte de esta realidad, un aspecto o una expresión de él mismo y no puede ser otra cosa. En la vida del plano supramental se posee a todo el Divino, y cuando la Supermente descienda sobre la tierra, deberá traer el Divino con ella y hará posible su completa posesión aquí.

La vida divina conferirá a aquellos que entren en ella y la posean, un crecimiento en la consciencia-verdad hasta su completa posesión y todo lo que ello comporta; conducirá a la realización del Divino en el ser individual y del Divino en la Naturaleza. Todo lo que el buscador de Dios ha anhelado se cumplirá en su espíritu y en su vida mientras camina hacia la perfección espiritual. Se hará consciente de la realidad trascendente, poseerá en su experiencia personal la existencia, la consciencia, la beatitud supremas, será uno con Sachchidananda. Se volverá uno con el ser cósmico y la Naturaleza universal: contendrá el mundo en sí mismo, en su propia consciencia cósmica y se sentirá uno con todos los seres; se verá él mismo en todo y se sentirá uno con todos los seres; se verá él mismo en todo y todo en él mismo, y realizará la unidad e identidad con el Ser-en-Sí que se ha convertido en todas las existencias. Percibirá la hermosura del Absolutamente-Bello y el milagro del Absolutamente-Maravilloso, al final, entrará en la beatitud de Brahman y vivirá para siempre en ella y para llegar a todo

esto no necesitará escapar de la existencia o hundirse en la aniquilación de la Persona espiritual en ninguna forma de Nirvana que extinga el ser. Tanto en el Ser-en-Sí como en la Naturaleza, podrá realizar el Divino. La naturaleza del Divino es Luz, Poder y Beatitud; podrá sentir la Luz, el Poder y la Beatitud divinas por encima y descendiendo hacia él, llenando cada fibra de su naturaleza, cada célula y átomo de su ser, inundando su alma y su mente, su vida y su cuerpo, rodeándole como un inmenso océano y llenando el mundo, impregnando en todo su sentimiento, su sentido y su experiencia, haciendo su vida verdadera y plenamente divina. Todo esto y todo lo que la consciencia espiritual, pueda aportarle la vida divina se lo proporcionará cuando alcance su absoluta consumación y perfección y la verdad-consciencia supramental se realice en la totalidad de su ser; pero incluso antes podrá alcanzar algo de todo esto, crecer en ello, vivir en ello, una vez que la Supermente haya descendido sobre él y dirija su existencia. Todas las relaciones con el Divino serán suyas: la trinidad del conocimiento de Dios, las obras divinas la devoción a Dios se abrirán en su interior y le conducirán hacia una entrega y don de sí más profundo de todo su ser y de su naturaleza entera. Vivirá en Dios y con Dios, poseerá a Dios, tal como se ha dicho, incluso se fundirá en él olvidando su personalidad separativa, pero sin perderla en la extinción. El amor de Dios y toda la dulzura del amor permanecerá en él, y también la beatitud del contacto, la beatitud de la unidad y la beatitud de la diferencia en la unidad. Infinitas formas de experiencia del Infinito serán suyas y también lo será el gozo de lo finito en el abrazo del Infinito.

El descenso de la Supermente traerá al que lo recibe y al que es colmado por la consciencia-verdad, todas las posibilidades de la vida divina. No sólo establecerá aquella experiencia total característica que ya es reconocida como constituyente de la vida espiritual sino también todo aquello que ahora excluimos de esta categoría pero que es capaz de ser divinizado, no habrá nada que pueda excluirse en la naturaleza terrestre y la vida de la tierra podrá ser transformada por el contacto supramental y elevado a la vida manifiesta del Espíritu. Porque una vida divina en la tierra no tiene que ser necesariamente una cosa aparte y exclusiva que no tenga nada que ver con la existencia terrestre común: elevará al ser humano y la vida humana, transformará lo que tenga que ser transformado, hará espiritual lo que pueda ser espiritualizado, proyectará su influencia sobre el resto y efectuará bien sea un cambio radical o bien un cambio hacia algo más elevado, llevará a término una comunión más profunda entre lo universal y lo individual, invadirá el ideal con la verdad espiritual de la que es una sombra luminosa y lo ayudará a elevarse a una existencia superior y más grande o a dirigirse hacia ella. La mente ascenderá hacia una luz más divina en su pensamiento y voluntad, la vida hacia emociones y acciones más profundas y verdaderas, hacia un poder de sí misma más amplio, hacia motivaciones y objetivos más altos. Y lo que no pueda ser elevado en su más completa verdad de ser, será llevado muy cerca de la misma; incluso aquello que no esté preparado para el cambio, tendrá la puerta abierta para cuando, su todavía incompleta evolución, esté lista para su realización. Incluso el cuerpo, si puede soportar el contacto de la Supermente, se hará más consciente de su propia verdad, porque hay una consciencia corporal que lleva en sí su propia verdad instintiva y el poder de la acción y la condición correcta, incluso una especie de conocimiento oculto tácito en la constitución de sus células y tejidos que un día podría tornarse consciente y contribuir a la transformación del ser físico. Debe producirse un despertar en la naturaleza terrestre y la consciencia de la tierra que aunque no será el comienzo en sí, será por lo menos la preparación efectiva y los primeros pasos de su evolución hacia un orden mundial nuevo y divino.

Ésta ha de ser la consumación de la vida divina que el descenso de la Supermente y la acción de la verdad-consciencia tomando posesión de la totalidad de la naturaleza del ser viviente llevará a término en todos aquellos que puedan abrirse a su influencia. Incluso, su primer efecto inmediato, sobre todos los que sean capaces de recibirla, será la posibilidad de entrar en la consciencia-verdad y cambiar todos los movimientos de la naturaleza de forma progresiva por los movimientos de la verdad supramental: verdad de pensamiento, verdad de voluntad, verdad en los sentimientos, verdad en los hechos, condiciones verdaderas del ser completo incluso del cuerpo, y finalmente una transformación, un cambio divinizador. Para aquellos que puedan de esta manera abrirse y permanecer abiertos, no habrá limitaciones a este desarrollo, ni siquiera dificultades fundamentales; ya que todas las dificultades serán disueltas por la presión de la luz supramental y el poder desde lo alto derramándose en la mente y en la fuerza vital y en el cuerpo. Pero el resultado del descenso supramental no tiene porque limitarse a aquellos que puedan abrirse por completo y tampoco tiene porque limitarse al cambio supramental; también podría producirse una transformación menor o secundaria del ser mental en el ámbito de una naturaleza mental más libre y perfeccionada. En lugar de la mente humana tal como es actualmente, una mente limitada, imperfecta, sujeta en todo momento a todo tipo de desviaciones de la verdad o apartándose de la verdad, sujeta a toda clase de errores e incluso abierta a las persuasiones de una falsedad absoluta y una perversión de la naturaleza, una mente ciega y que tiende a la inconsciencia y la ignorancia, que apenas llega al conocimiento, un intelecto proclive a interpretar el conocimiento superior con abstracciones y figuras indirectas, captando y reteniendo incluso los mensajes de la intuición superior con una comprensión incierta y conflictiva, podrá emerger una verdadera mente liberada y capaz de una perfección libre y suprema de sí misma y de sus instrumentos, una vida gobernada por la mente liberada e iluminada, un cuerpo que responda a la luz y que sea capaz de ejecutar todo lo que la mente y la voluntad libres le demanden. Este cambio podrá ocurrir no sólo en unas pocas personas, sino como algo extendido y generalizado en el linaje humano. Esta posibilidad, si se realiza, significará que el sueño humano de la perfección, la perfección de sí mismo, de su naturaleza purificada e iluminada, de todas sus formas de vivir y actuar, ya no será un sueño sino una verdad que podrá realizarse y que la humanidad podrá desligarse del yugo de la inconsciencia y la ignorancia. La vida del ser mental podrá armonizarse con la vida de la Supermente que será entonces el orden superior a ella y se convertirá en una extensión y anexo de la consciencia-verdad, una parte y provincia de la vida divina. Es obvio que si la Supermente está ahí y un modelo de ser supramental se establece como el principio director en la naturaleza terrestre, tal como la mente es ahora ese principio director, pero con una firmeza, con un completo dominio de la existencia terrestre, con una capacidad de transformación de todo en su nivel y dentro de sus límites naturales, transformación de la que la mente no era capaz en su imperfección, será inevitable un cambio inmenso de la vida humana, incluso aunque no llegara a transformarse.

Queda por considerar lo que podrían ser los obstáculos en el camino de esta posibilidad, especialmente aquellos ofrecidos por la naturaleza del orden terrestre y su función como campo de evolución gradual en el que nuestra humanidad es un escalón y, podría ser objeto de discusión, su propia imperfección, una necesidad evolutiva. ¿Hasta qué punto la supermente podrá superar o superará, con su presencia y gobierno de las cosas, esta dificultad, respetando al mismo tiempo el principio de progresión y podrá o no rectificar el orden errado e ignorante impuesto por la Ignorancia y la Inconsciencia y sustituirlo por una evolución correcta en al que la perfección y la divinización sean

posibles? Ciertamente, el camino para el ser individual estará abierto, cualquier grupo de seres humanos que aspiren unidos en su empeño a una forma de vida colectiva perfecta e individual, o que aspiren a la vida divina, será asistido en la consecución de su aspiración: Ésa sería, por lo menos, la consecuencia mínima de la acción de la Supermente. Pero también está ahí la posibilidad más grande e incluso podrá ofrecerse a la humanidad toda. Teniendo en cuenta esto, debemos preguntarnos qué significará para la humanidad el descenso de la Supermente y cuál será su resultado o su promesa para la totalidad de la vida, el futuro evolutivo y el destino del linaje humano.

IV

La Supermente y la Humanidad

¿Cuáles serían las consecuencias para la humanidad del descenso de la Supermente a nuestra existencia terrestre, las consecuencias para esta raza nacida en un mundo de ignorancia e inconsciencia, pero capaz de una evolución ascendente de su consciencia y un ascenso hacia la luz, el poder y la dicha de un ser espiritual y una naturaleza espiritual? El descenso a la vida terrestre de un poder creativo supremo como es el de la Supermente y la consciencia-verdad no sería sólo un nuevo rasgo o un nuevo factor añadido a esa vida o puesto al frente pero sin ninguna importancia mayor o sólo una importancia limitada que no acarree resultados capaces de afectar al resto de la naturaleza terrestre. Especialmente, no podría dejar de ejercer una enorme influencia sobre la humanidad como un todo, ni de efectuar un cambio radical en el aspecto y en las perspectivas de su existencia aquí, incluso en el caso de que este poder no tuviera ningún otro efecto capital sobre el mundo material al que habría descendido para intervenir. No podemos dejar de concluir que la influencia, el cambio producido, sería de amplio alcance, incluso enorme. No sólo establecería sobre la Tierra la Supermente y una raza supramental de seres, también podría producir una elevación y una transformación en la propia mente y, como una consecuencia inevitable, en la consciencia del ser humano, el ser mental, y del mismo modo, aportaría un cambio radical y transformador en los principios y formas de su modo de vivir, sus modos de actuar y, en definitiva, en todo el edificio y el talante de su vida. Desde luego, abriría al ser humano el acceso a la consciencia supramental y la vida supramental; pues, tenemos que suponer que mediante tal transformación es como se crearía una raza de seres supramentales, del mismo modo que la raza humana se elevó, a partir de un primer estado animal, mediante un ascenso y una ampliación menos radical pero, aun así, considerable, de su consciencia y la conversión de la instrumentación corporal y las capacidades y poderes evolutivos mentales y espirituales que allí moran. Pero incluso sin una tal transformación completa, el principio-de-la-verdad podría sustituir hasta tal punto al principio que vemos ahora aquí de una ignorancia original que busca el conocimiento y llega sólo a un conocimiento parcial, que la mente humana podría convertirse en un poder de la luz, del conocimiento que se encuentra a sí mismo, no el ciudadano de una penumbra o el sirviente y ayudante de la ignorancia, el proveedor de una mezcla de verdad y error. La mente podría incluso llegar a ser en el hombre lo que es en su origen fundamental, una acción especial, subordinada y limitada, un receptáculo de la verdad suficientemente luminoso y al menos podría cesar toda falsedad en sus operaciones.

Podría objetarse fácilmente que esto perturbaría todo el orden evolutivo y su equilibrio y dejaría un vacío incurable en su completitud: habría un abismo infranqueable entre el ser humano y el animal y no habría modo de que el impulso evolutivo viajara en el progreso de la consciencia desde la animalidad hasta la divinidad, pues algún tipo de divinidad se hallaría implicada en la metamorfosis sugerida. Podría argüirse que el verdadero proceso evolutivo consiste en añadir un principio, un grado o una etapa nuevos al orden ya existente y no producir alteraciones en alguno de los rasgos previamente establecidos. El ser humano vino a la existencia, pero el animal siguió siendo el animal y no realizó progreso alguno hacia la semi-humanidad: toda ligera modificación de la consciencia, de las capacidades o de los hábitos en animales domésticos producida por su asociación con el hombre o por su amaestramiento serían sólo ligeras alteraciones de la inteligencia animal. Todavía menos podrían las plantas dirigirse hacia la consciencia animal, o la Materia bruta llegar a ser, en el menor grado, incluso subconscientemente o semi-subconscientemente, consciente de sí mismo o capaz de reaccionar o responder. Las distinciones fundamentales permanecen y deben permanecer inalteradas en el orden cósmico.

Ahora bien, esta objeción presupone que la humanidad nueva tiene que estar toda en un único nivel; bien podría, no obstante, haber grados de consciencia en ella que crearan un puente entre sus elementos menos desarrollados y los animales superiores que, aunque no puedan pasar a un tipo semi-humano, podrían progresar hacia una inteligencia animal superior; ciertos experimentos muestran que éstos son, ciertamente, capaces de progreso. Estos grados cumplirían el propósito de la transición tan bien como los humanos menos desarrollados en la escala actual, sin dejar un vacío tan amplio como para perturbar el orden evolutivo del universo. Puede observarse un salto considerable que separa los diferentes órdenes: la Materia y las plantas, las plantas y los animales inferiores, una especie de animales de otra, así como aquél siempre existente y de cierta envergadura, entre los animales superiores y el ser humano. No habría, por tanto, ninguna brecha incurable en el orden evolutivo, no habría tal distancia entre la mente humana y la mente animal, entre el nuevo tipo de ser humano y el viejo nivel animal, del mismo modo que no podría superponerse o crearse un abismo insalvable para el alma animal más desarrollada en su paso hacia el tipo menos desarrollado de la nueva humanidad. Claro que habría un salto, un espacio, como lo hay ahora, pero no lo sería entre la animalidad y la divinidad, desde la mente animal a la Supermente: sería entre una mente animal muy desarrollada que se encamina hacia posibilidades humanas (pues sin esto el paso del animal al hombre no podría llevarse a cabo) y una mente humana despertando a la posibilidad, todavía no plenamente alcanzada, de sus propias capacidades superiores, aunque aún no desarrolladas.

Un resultado de la intervención de la Supermente en la naturaleza terrestre, el descenso del Poder-de-la-Verdad supremamente creativo, podría ser un cambio en la ley de la evolución, su método y su modo de funcionamiento. Podría suceder que un elemento más amplio del principio de la evolución a través del conocimiento entrase en las fuerzas del universo material. Esto podría extenderse a partir de un primer comienzo en la nueva creación y producir efectos crecientes en el orden que actualmente es por completo una evolución en la ignorancia y, ciertamente, comienza desde la nesciencia completa del Inconsciente y se encamina hacia lo que puede considerarse –incluso en su logro cognoscitivo más elevado– una ignorancia menor, dado que es más una representación que una posesión directa y completa del conocimiento. Si el ser humano comenzara a desarrollar los poderes y los medios de un conocimiento superior de

manera más o menos completa, si el animal en desarrollo abriese la puerta de su mentalidad a los comienzos de un pensamiento consciente e incluso de una razón rudimentaria -en sus aspectos superiores no se halla tan irrevocablemente lejos de ello ni siquiera ahora-, si la planta desarrollara sus primeras reacciones subconscientes y alcanzara algún tipo de sensibilidad nerviosa primaria, si la Materia que es una forma ciega del Espíritu llegase a ser algo más vivo a partir de sus poderes ocultos y a ofrecer más prontamente el sentido secreto de las cosas, las realidades ocultas que cubre, como por ejemplo, el registro del pasado que siempre preserva incluso en su oscura inconsciencia, del funcionamiento de sus fuerzas implícitas y sus movimientos invisibles que revelan poderes velados en la naturaleza material, hasta una generalizada percepción más sutil de la nueva inteligencia humana, esto constituiría un enorme cambio prometedor de cambios todavía mayores en el futuro, pero significaría sólo una elevación y no una perturbación del orden universal. La evolución misma evolucionaría, pero no sería perturbada ni tendría porqué zozobrar.

Nos resulta difícil concebir teóricamente o admitir como una posibilidad práctica la transformación de la mentalidad humana que he sugerido como un cambio que tendría lugar de modo natural bajo la guía de la consciencia-verdad supramental, pues nuestras nociones acerca de la mente están enraizadas en una experiencia de la mentalidad humana en un mundo que comienza a partir de la inconsciencia y continúa a través de una primera nesciencia casi completa y una lenta disminución de la ignorancia hacia un grado superior, pero siempre de alcance incompleto y método imperfecto de un conocimiento sólo parcialmente equipado que no sirve totalmente a las necesidades de una consciencia que siempre empuja hacia un absoluto todavía inconmensurablemente lejano. Aquí consideramos las imperfecciones y las limitaciones visibles de la mente en la etapa actual como parte de su propia naturaleza; pero, en realidad, las fronteras en las que todavía se halla aprisionada son sólo límites y medidas temporales de su avance evolutivo todavía incompleto; los defectos en sus métodos y sus medios son carencias debidas a su inmadurez y no algo propio de la constitución de su ser, sus logros, aunque extraordinarios bajo las obstaculizadoras condiciones del ser mental que tiene que soportar el peso de su instrumentación en un cuerpo terrestre, está muy por debajo y no por encima de lo que será posible en su iluminado futuro. Porque la mente, en su verdadera naturaleza, no es una inventora de errores, un padre de mentiras destinado a la falsedad, unido inexorablemente a sus errores, ni es el guía de una vida de obstáculos, tal como en gran medida sucede actualmente debido a las deficiencias humanas. En su origen es un principio de luz, un instrumento establecido por la Supermente y, aunque funcionando dentro de los límites e incluso llamada de crear límites, los límites son fronteras luminosas para un trabajo determinado, fronteras voluntarias y deliberadas, un servicio de lo finito ampliándose perpetuamente bajo la mirada de la infinitud. Es este carácter de la Mente el que se revelará bajo el toque de la Supermente y hará de la mentalidad humana una ayuda e instrumentación menor del conocimiento supramental. Incluso le será posible a la mente ya no limitada por el intelecto, llegar a ser capaz de una especie de gnosis mental, una luminosa reproducción de la Verdad en un funcionamiento reducido, extendiendo el poder de la Luz no sólo a sí misma, sino también a los niveles inferiores de consciencia en su ascenso hacia la auto-transcendencia. La Sobremente, la Intuición, la Mente Iluminada y lo que he llamado la Mente Superior, estos y otros niveles de una mentalidad espiritualizada y liberada, podrán reflejar en la mente humana elevada, en sus sentimientos purificados y sublimados, en su fuerza vital y su acción, algo de sus poderes y preparar el ascenso del alma a sus propias alturas y cimas de una existencia ascendente. Esencialmente, éste es

el cambio que puede contemplarse como resultado del nuevo orden evolutivo y supondría una considerable extensión del propio campo evolutivo y respondería a la pregunta acerca del impacto sobre la humanidad del advenimiento de la Supermente a la naturaleza terrestre.

Si bien la mente, en su origen en la Supermente, es un poder de ésta, un principio de Luz y un poder de Luz o una fuerza para un Conocimiento especializado en su acción para un propósito subordinado, sin embargo adopta un aspecto diferente cuando al ejecutar su propósito se separa cada vez más de la luz supramental, del poder inmediato y de la iluminación sustentadora del principio supramental. A medida que se va alejando de su propia verdad superior se convierte en creadora y madre de la ignorancia y es o parece ser el poder más elevado en un mundo de ignorancia. Ella misma termina sometida a la ignorancia y parece llegar tan sólo a un conocimiento parcial e imperfecto. La razón de ese declive es su empleo por la Supermente principalmente para un trabajo de diferenciación que es necesario si ha de haber creación y universo. En la Supermente misma, en toda su creación, existe este poder diferenciador, la manifestación del Uno en los Muchos y los Muchos en el Uno. Ahora bien, el Uno nunca se olvida o pierde en su multiplicidad, que siempre depende conscientemente de la unidad eterna y nunca pasa a un primer plano. En la mente, por el contrario, la diferenciación, la multiplicidad, pasa a primer plano y se pierde el sentido consciente de la unidad universal; al mismo tiempo la unidad separada parece existir por sí misma y para sí misma como una totalidad autoconsciente que se basta a sí misma, o en el caso de los objetos inanimados como una totalidad inconsciente. Hay que tener en cuenta, no obstante, que un mundo o plano mental no tendría por qué ser un reino de la ignorancia, donde la falsedad, el error o la nesciencia ocupasen un lugar; puede ser simplemente una voluntaria auto-limitación del conocimiento. Podría ser un mundo en el que todas las posibilidades capaces de existir, determinadas por la mente, podrían manifestarse sucesivamente en el tiempo y encontrar una forma y un campo auténticos para su acción, la figura expresiva de sí mismas, su capacidad de autodesarrollo, autorrealización de cierto tipo, su autodescubrimiento. Esto es, en realidad, lo que hallamos cuando, a través de una experiencia anímica, seguimos la línea de descenso mediante la cual tiene lugar la involución que termina en la Materia y en la creación del universo material. Lo que vemos aquí no son los planos o mundos del descenso en los que la mente y la vida pueden mantener algo de su verdad y algo de la luz del espíritu, algo de su ser verdadero y auténtico. Aquí, lo que vemos es una inconsciencia original y una lucha de la vida, la mente y el espíritu por evolucionar a partir de la inconsciencia material y en la ignorancia resultante encontrarse a sí mismos y crecer hacia su capacidad plena y su existencia superior. Si la mente tiene éxito en dicho esfuerzo no hay razón para que no recobre su verdadero carácter y se convierta una vez más en su principio y un poder de la Luz e incluso, a su propio modo, ayude en las operaciones de un conocimiento verdadero y completo. En el mejor de los casos, podría trascender sus limitaciones alcanzando la verdad supramental y convertirse en una parte y una función del conocimiento supramental o, al menos, servir para una obra menor de diferenciación en el consenso de ese conocimiento. En el grado inmediatamente por debajo de la Supermente podría darse una gnosis mental, una percepción espiritual o espiritualizada, un sentimiento, una actividad, un sentido que podrían cumplir las obras del conocimiento y no de la ignorancia. Incluso a un nivel todavía inferior podría haber un pasaje progresivamente luminoso capaz de conducir de una luz a otra, de una verdad a otra y no permanecer ya en los laberintos circulares de la semi-verdad y la semi-nesciencia. Esto no sería posible en un mundo en el que la mente no transformada o la

mente humana cargada con sus incapacidades obstaculizadoras, tal como ahora existe, fuese todavía la guía del logro más elevado de la evolución, pero con la Supermente como guía y poder dominante esto podría ocurrir, e incluso podría considerarse como un resultado casi inevitable de su descenso al mundo humano y su toque de la mente humana.

Hasta dónde podría llegar esto, si toda la humanidad sería afectada o sólo aquella parte de ella que estuviera preparada para el cambio, dependería de lo que se propusiera o lo que fuese posible en el orden del universo. Si tuviera que mantenerse el antiguo orden y principio evolutivo, entonces sólo una parte de la raza podría seguir adelante, el resto mantendría la vieja posición humana, el antiguo nivel y la función en el orden ascendente. Pero, incluso así, debe haber un pasaje o un puente entre los dos niveles u órdenes del ser, por el cual la evolución realizaría su transición de uno al otro. La mente sería capaz de establecer contacto con la verdad supramental y de ser modificada por ella y éste sería el modo a través del cual el alma podría ascender. Ha de haber un estatus de la mente capaz de recibir la Luz y crecer en ella hacia la Supermente aunque no la alcance. De ese modo, como incluso ahora sucede en un grado menor a través de un medium menos transparente, el brillo de una verdad superior lanzaría sus rayos para la liberación y la elevación del alma en la ignorancia. La Supermente aquí se halla velada tras una cortina y, si bien no organizada para su propia acción característica, es la verdadera causa de toda creación aquí, el poder que posibilita el crecimiento de la verdad y el conocimiento, así como la ascensión del alma hacia la Realidad oculta. Ahora bien, en un mundo en el que la Supermente ha llegado a aparecer, difícilmente podría haber un factor separado, aislado del resto; de manera inevitable, no sólo crearía al superhombre, sino que cambiaría y elevaría al hombre. No puede descartarse como imposible un cambio total del principio mental, tal como se ha sugerido.

La mente, tal como la conocemos, posee un poder de la consciencia muy diferente del de la Supermente, no ya un poder delegado de ella, conectado con ella y dependiente de ella, sino prácticamente disociado de su luminoso origen. Por ello, tiene varias características que concebimos como los signos mismos de su naturaleza. No obstante, algunas de ellas pertenecen también a la Supermente y la diferencia es de modalidad y alcance, no de sustancia o de principio. La diferencia es que la mente no es un poder de conocimiento global y sólo cuando comienza a auto-trascenderse se convierte en un poder de conocimiento directo. Ella recibe rayos de la verdad, pero no vive en el sol. Ve como si fuera a través de lentes y su conocimiento está coloreado por sus instrumentos, no puede ver con su ojo desnudo o mirar de frente al sol. A la mente no le es posible establecer su punto de vista en el centro solar ni en ninguna otra parte del cuerpo radiante, ni siquiera en la circunferencia brillante del orbe de la verdad perfecta y adquirir o compartir su privilegio de conocimiento infalible o absoluto. Sólo si hubiera llegado ya cerca de la luz de la Supermente podría vivir en cualquier lugar cercano a este sol en el pleno esplendor de sus rayos, en algo del fuego pleno y directo de la Verdad, y la mente humana, incluso en lo mejor de sí misma se halla lejos de ello, a lo sumo puede vivir en un círculo limitado, en algún estrecho comienzo de una percepción pura, una visión directa, y le costaría mucho, incluso auto-trascendiéndose, alcanzar un reflejo imitado y fragmentario de un sueño de la omnisciencia y omnipotencia limitada que constituye el privilegio de una divinidad delegada, del dios, de un demiurgo. Se trata de un poder de creación, pero o bien tentativo e incierto y que logra tener éxito gracias a la buena suerte o al favor de las circunstancias o también, en

caso de ser asegurado por alguna fuerza de habilidad práctica o por una especie de genio, se halla sujeto al error u obstaculizado por límites insuperables. Su conocimiento más elevado es con frecuencia abstracto, careciendo de una captación concreta. Tiene que utilizar medios provisionales e inseguros de llegada, ha de confiar en el razonamiento, la argumentación y el debate, en inferencias y suposiciones, establecer métodos de lógica inductiva y deductiva, siendo correctos sólo si se les da datos correctos y completos e, incluso en ese caso, con la posibilidad de llegar- con los mismos datos- a resultados diferentes y a consecuencias muy distintas. Tiene que emplear medios y aceptar resultados de un método que es azaroso incluso cuando pretende certeza y del que no tendría necesidad si tuviera un conocimiento directo o supraintelectual. No hace falta seguir con la descripción; todo esto constituye la naturaleza misma de nuestra ignorancia terrestre y su sombra planea incluso sobre el pensamiento y la visión del sabio y el vidente y sólo puede evitarse si el principio de un conocimiento supramental basado en la consciencia de la verdad desciende y se hace cargo del gobierno de nuestra naturaleza terrestre.

Hay que tener en cuenta, no obstante, que incluso en el fondo del descenso involutivo, en el ciego eclipse de la consciencia en la Materia, en el campo mismo del operar de la Inconsciencia, hay signos del trabajo de una fuerza infalible, el impulso de una secreta consciencia y sus destellos, como si el Inconsciente mismo se hallase secretamente informado o impelido por un Poder con un conocimiento directo y absoluto. Los actos de su creación son infinitamente más seguros que las operaciones de nuestra consciencia humana en sus mejores momentos o que las operaciones normales del poder de la Vida. La Materia o, más bien, la Energía en la Materia parece tener un conocimiento más cierto, poder llevar a cabo una operación más infalible, por sí misma, y puede confiarse en que su mecanismo, una vez puesto en marcha, hará su trabajo correctamente. Por ello el hombre es capaz de utilizar una energía material, mecanizándola para sus propios fines y confiar en que hará el trabajo por él. El poder vital auto-creativo, aunque sorprendentemente abundante en sus invenciones y sus fantasías, parece ser más proclive al fallo, la aberración y el error, como si su mayor consciencia llevase consigo una mayor capacidad de error. A pesar de todo, es bastante seguro en sus operaciones; no obstante, a medida que la consciencia aumenta en las formas y operaciones de la vida, y sobre todo cuando se introduce la mente, aumentan también las perturbaciones, como si el incremento de consciencia acarrearase no sólo posibilidades más ricas, sino también más posibilidades de error, fallos y equivocaciones. En la mente, en el ser humano, parece que alcanzamos la cumbre de esta antinomia: cuanto mayores, más elevados y más amplios son los logros de la consciencia, mayor es la incertidumbre y la cantidad de defectos, fallos y errores. Podemos conjeturar que esto se debe a que en la Naturaleza inconsciente hay una verdad de la energía en funcionamiento que sigue infaliblemente su propia ley, una energía que puede caminar ciegamente sin tropezar, porque la ley automática de la verdad se halla en su interior actuando de modo seguro, sin zozobrar o errar, siempre que no se produzca una intervención o una interferencia externa. Esta ley se encuentra en todo proceso normalmente automático de la existencia. Hasta el cuerpo posee un conocimiento de sí mismo no expresado, un instinto justo en su acción dentro de ciertos límites, que puede actuar con una cierta seguridad y adecuación, siempre que no reciba interferencias de los deseos vitales y los errores de la mente. Pero sólo la Supermente posee plenamente la consciencia-verdad y si ella desciende e interviene, la mente, la vida y el cuerpo pueden alcanzar también el pleno poder de la verdad en ellos y su perfección posible. Indudablemente, esto no sucedería de golpe, pero podría comenzar

un progreso evolutivo hacia ello y crecer de manera cada vez más rápida hacia su plenitud. No todos los seres humanos podrían alcanzar esta plenitud en un corto lapso de tiempo, pero aun así, la mente humana se situaría en posición de ser perfeccionada por la Luz y una nueva humanidad ocuparía su lugar como parte del nuevo orden.

Esta es la posibilidad que tenemos que examinar. Si está destinado a realizarse a sí mismo, si el hombre no está condenado a permanecer siempre como vasallo de la Ignorancia, las incapacidades de la mente humana en las que hemos morado no son de tal tipo que tengan que permanecer así de manera irredimible, limitándonos para siempre. Podrían desarrollarse medios e instrumentos superiores de la mente, trascender las últimas fronteras de la Ignorancia hacia un conocimiento superior, crecer con demasiada fuerza como para poder retroceder a la naturaleza animal. Habría entonces una mente liberada que se libera de la ignorancia para llegar a la luz, consciente de su filiación con la Supermente, convertida en agente espontáneo de la Supermente y capaz de hacer descender la influencia supramental hasta los dominios inferiores del ser, un creador en la luz, un descubridor en las profundidades, un iluminador en la oscuridad, quizás incluso capaz de ayudar a penetrar en el Inconsciente con los rayos de una secreta Superconsciencia. Se produciría un nuevo ser mental capaz no sólo de permanecer iluminado en la radiación de la Supermente, sino también de escalar conscientemente hacia ella y hasta ella, logrando que la vida y el cuerpo reflejen y contengan algo de la luz, el poder y el gozo supramentales, aspirando a liberar la divinidad secreta en el auto-descubrimiento, la auto-realización y el auto-equilibrio, aspirando hacia el ascenso a la consciencia divina, capaz de recibir y soportar el descenso de la luz y el poder divinos, poniéndose en forma para convertirse en un recipiente de la Vida divina.

V

La Supermente en la Evolución

Una nueva humanidad equivaldría una raza de seres mentales en la Tierra y en un cuerpo terrestre, pero liberados de sus actuales condiciones en el reino de la Ignorancia cósmica, hasta el punto de ser poseedores de una mente perfeccionada, una mente de luz, que podría incluso ser una acción subordinada de la supermente o la Consciencia-Verdad y en cualquier caso capaz de todas las posibilidades de la mente que actúa como un recipiente de esa verdad y al menos como una acción secundaria de ella en el pensamiento y en la vida. Hasta podría ser parte de lo que cabría describir como una vida divina sobre la Tierra, y al menos los comienzos de una evolución en el Conocimiento y no ya entera o predominantemente en la Ignorancia. Hasta dónde llegaría esto, si eventualmente abarcaría a la humanidad entera o sólo a una porción avanzada de ella, dependería de la intención de la misma evolución, de la intención de la Voluntad cósmica o transcendente que guía los movimientos del universo. Hemos supuesto no sólo el descenso de la supermente sobre la Tierra, sino también su encarnación en una raza supramental, con todas sus consecuencias naturales y una nueva acción total en la que la nueva humanidad hallaría su desarrollo completo y su puesto firme en el nuevo orden.

Pero es obvio que todo esto sólo podría llegar como resultado de la evolución que está teniendo lugar ya sobre la Tierra, extendiéndose más allá de sus límites actuales y pasando a un movimiento radicalmente nuevo, gobernado por un nuevo principio en el que la mente y el hombre serían elementos subordinados y no ya la mente el máximo logro ni el hombre la cabeza o el líder. La evolución que vemos a nuestro alrededor actualmente no es de ese tipo y, podría decirse, muestra pocos signos de tal posibilidad, tan pocos que la razón, en el presente nuestra única guía segura, no tiene el derecho de arriesgarse a creer en ella. La tierra, que vemos, con su vida profundamente inmersa y basada en la inconsciencia y la ignorancia, no está edificada para tal desarrollo ni es capaz de soportar tal advenimiento, su materialidad y sus limitaciones la condenan a ser permanentemente el campo de un orden muy inferior. Puede decirse también que para tal orden debe haber en alguna parte e incluso si la supermente no es una especulación injustificada sino una realidad concreta, no hay necesidad ni lugar para que sea encarnada aquí. La Mente en tanto que índice del pleno desarrollo posible del conocimiento de que es capaz la ignorancia debe tener su campo en alguna parte, y mantener la Tierra como su campo natural serviría mejor a la economía de la Naturaleza cósmica. Una filosofía materialista no admitiría la posibilidad de una vida divina en la Materia, pero incluso una filosofía que admita un alma, un espíritu o un término espiritual del movimiento evolutivo aquí, podría también igualmente negar la capacidad de la Tierra para una vida divina; una existencia divina sólo podría lograrse mediante un abandono de la Tierra y del cuerpo. Incluso si la existencia cósmica no es una ilusión o Maya, un ser divino o completamente espiritual sólo parece posible en otro mundo menos material o solamente en el espíritu puro. En cualquier caso, a la razón humana media le parece que hay muy pocas posibilidades de una no lejana materialización en la Tierra de algo divino.

Ciertamente, si se enfatiza excesivamente el carácter presente o más obvio de la evolución aquí, tal como nos la presenta la ciencia física, podría insistirse en que no hay justificación para esperar la emergencia de un principio más elevado que la mente humana ni de algo así como seres super-humanos en un mundo de Materia. La Consciencia depende de la Materia y de agentes materiales para su nacimiento y sus operaciones, y una Consciencia-Verdad, tal como suponemos que la Supermente es, sería una contradicción de estas condiciones y debe descartarse como una quimera. La ciencia física considera la evolución, fundamentalmente como un desarrollo de formas y de actividades vitales; el desarrollo de una consciencia más amplia y más capaz es un resultado subordinado del desarrollo de la vida y la forma y no una característica o circunstancia principal o esencial, y no puede ir más allá de los límites determinados por el origen material de la mente y la vida. La Mente se ha mostrado capaz de muchos logros extraordinarios, pero la independencia del órgano material o de las condiciones físicas o la capacidad para cosas tales como un poder de conocimiento directo y absoluto, no adquirido a través de medios materiales estaría más allá de las condiciones impuestas por la Naturaleza. A partir de cierto punto, por tanto, la evolución de la consciencia no puede ir más adelante. Incluso en el caso de que algo definido e independiente, a lo que llamamos alma, exista, está limitado por sus condiciones naturales aquí donde la Materia es su base, la vida física su condición, la mente su instrumento más elevado posible; no hay posibilidad de una acción de la consciencia aparte del cuerpo o que sobrepase esta Naturaleza física, vital o mental. Esto establece los límites de nuestra evolución aquí.

Podría sugerirse también que hasta que algo claramente reconocible como la supermente se manifieste con cierta plenitud y con un carácter definitivo o hasta que descienda y tome posesión de nuestra consciencia-terrestre, no podemos estar seguros de que exista; hasta entonces la mente mantiene su lugar como árbitro general o campo de referencia de todo conocimiento y la mente es incapaz de cualquier certeza o de cualquier conocimiento absoluto; ella tiene que dudar de todo, comprobar todo y lograrlo todo, pero no puede estar segura de su conocimiento o de su logro. Eso, por cierto, establece la necesidad de un principio como la supermente o la Consciencia-Verdad en cualquier universo inteligible, pues sin ello no hay salida, no hay meta alguna ni para la vida ni para el conocimiento. La consciencia no puede lograr todo su significado, su propio resultado supremo sin ello; terminaría en una inconsecuencia o en un fiasco. Llegar a ser consciente de su propia verdad y de toda verdad es el propósito mismo de su existencia y no puede hacerlo mientras tenga que tender hacia la verdad, hacia el conocimiento en la ignorancia y a través de la ignorancia; debe desarrollar o alcanzar un poder de sí misma cuya naturaleza misma sea saber, ver, poseer, en su propio poder. Esto es lo que llamamos “la supermente” y una vez se admite, todo lo demás se torna inteligible. Pero hasta entonces estamos en la duda y puede argüirse que incluso si se admite la supermente como una realidad, no puede haber certeza de su advenimiento y su reinado; hasta ese momento todo esfuerzo hacia ella puede terminar en fracaso. No basta con que la supermente debiera estar realmente ahí encima de nosotros que su descenso fuera una posibilidad o una futura intención de la Naturaleza. No tenemos certeza de la realidad de este descenso hasta que se convierta en un hecho objetivizado en nuestro ser terrestre. La Luz ha tratado a menudo de descender sobre la Tierra, pero la Luz permanece incompleta; el hombre puede rechazar la Luz, el mundo está todavía lleno de oscuridad y el advenimiento parece ser poco más que una suerte; esta duda está justificada, hasta cierto punto, por los hechos del pasado y las todavía existentes posibilidades del futuro. Su poder sólo desaparecería si se admite la supermente como una parte necesaria del orden del universo. Si la evolución tiende desde la Materia hacia la Supermente, debe tender también a traer la Supermente hasta la Materia y las consecuencias son inevitables.

Toda la dificultad de esta incertidumbre surge del hecho de que no miramos de frente a la verdad total del mundo tal como es y extraemos de ello la conclusión correcta respecto a lo que el mundo debe ser y no puede dejar de ser. Este mundo se basa, qué duda cabe, en la Materia, pero su cumbre es el Espíritu y el ascenso hacia el espíritu debe ser el objetivo y la justificación de su existencia y el indicador hacia su significado y su propósito. Pero la conclusión natural que habría que extraer de la supremacía y la existencia culminante del Espíritu está nublada por una idea falsa o imperfecta de la espiritualidad, construida por el intelecto en su ignorancia y por una captación de su conocimiento demasiado apresurada y unilateral. Se ha pensado el Espíritu no como algo omnipresente y que constituye la esencia secreta de nuestro ser, sino como algo que nos contempla desde las alturas y que nos atrae sólo hacia las alturas y nos aleja del resto de la existencia. De tal modo que nos hacemos la idea de que nuestro ser cósmico e individual es una gran ilusión, y que la salida de él y la extinción en nuestra consciencia tanto del individuo como del cosmos es la única esperanza, la única liberación. O bien construimos la idea de la Tierra como un mundo de ignorancia, sufrimiento y prueba y nuestro único futuro nos parece ser una huida hacia cielos remotos; no hay horizonte divino para nosotros aquí, ninguna realización posible, ni siquiera con la máxima evolución en la Tierra en el cuerpo, ninguna transformación victoriosa, ningún objetivo supremo que cumplir en la existencia terrestre. Pero si la

supermente existe, si desciende, si se convierte en el principio rector, todo lo que a la mente le parece imposible se convierte no sólo en posible sino en inevitable. Si miramos detenidamente, veremos que hay un esfuerzo de la mente y la vida en sus alturas hacia la propia perfección, hacia alguna realización divina, hacia su propio absoluto. Esto y no sólo algo más allá y en otra parte es el verdadero signo, el significado de esta constante evolución y del trabajo de continuo nacimiento y renacimiento y de la espiral ascendente de la Naturaleza. Pero sólo mediante el descenso de la supermente y la planificación de la mente y la vida por su auto-sobrepasamiento puede esta secreta intención en las cosas, este significado oculto del Espíritu y la Naturaleza llegar a ser completamente manifiesto y realizable en su totalidad. Este es el aspecto y la significación evolutivos de la supermente, pero en realidad se trata de un principio eterno que existe encubiertamente incluso en el universo material, soporte secreto de toda la creación que convierte la emergencia de la consciencia en posible y segura en un mundo aparentemente inconsciente e impulsa un ascenso en la Naturaleza hacia una Realidad espiritual suprema. De hecho, se trata de un plano siempre existente del ser, el nexo entre el Espíritu y la Materia, conteniendo en su verdad y su realidad y haciendo cierto todo el significado y propósito del universo.

Todo cambia si podemos descartar nuestras actuales ideas de la evolución – si podemos considerar que es la consciencia y no la vida y la forma lo que constituye el principio evolutivo fundamental y esencial, y su emergencia y el pleno desarrollo de sus posibilidades el objeto del impulso evolutivo-. La inconsciencia de la Materia no puede ser un obstáculo insuperable; pues en esta inconsciencia puede detectarse una consciencia implícita que tiene que evolucionar; la vida y la mente son peldaños e instrumentos de esa evolución; el impulso pro-positivo y las operaciones de la Energía material inconsciente son precisamente tales como podríamos atribuir a la presencia de una consciencia automática implícita, utilizando el pensamiento no como la mente, sino guiado por algo así como un instinto material inherente prácticamente infalible en todos sus pasos, todavía no cognitivo pero milagrosamente creativo. La Consciencia-Verdad completamente e inherentemente iluminada que atribuimos a la Supermente sería la misma realidad apareciendo en un último estadio de la evolución, finalmente explícita y no ya totalmente implícita como en la Materia, o parcial e imperfectamente explícita, y por tanto capaz de imperfección y error como en la vida y la mente, ahora en posesión de su plenitud y su perfección natural, luminosamente automática, infalible. Entonces todas las objeciones a una completa posibilidad evolutiva quedan descartadas; sería, antes bien, la consecuencia inevitable contenida no sólo en la Naturaleza como una totalidad, sino incluso en la Naturaleza material.

En esta visión de las cosas el universo se revelaría en su unidad y totalidad como manifestación de un único Ser, la Naturaleza como su poder de manifestación, la evolución como el proceso de su gradual auto-revelación aquí en la Materia. Veríamos las series divinas de los mundos como una escalera de ascenso desde la Materia hasta el Espíritu supremo; se revelaría la posibilidad y el horizonte de una manifestación suprema mediante el descenso consciente y no ya velado y enigmático del Espíritu y sus poderes en su plenitud incluso en el mundo más bajo, en de la Materia. El enigma del universo no necesitaría ya ser un enigma: el dudoso misterio de las cosas se despojaría de su enigma, su constante ambigüedad, las indescifrables escrituras llegarían a ser legibles e inteligibles. En esta revelación, la supermente ocuparía su lugar natural y no sería ya un asunto de duda para una inteligencia desconcertada por la complejidad del mundo; aparecería como la consecuencia inevitable de la naturaleza de la mente, la vida

y la Materia, la realización de su significado, su principio y sus tendencias inherentes, la necesaria perfección de su imperfección, la cumbre que todos están escalando, la consumación de la existencia, la consciencia y el gozo divinos hacia los que conduce, el último resultado del nacimiento de las cosas y la meta suprema de esta manifestación progresiva que vemos aquí en la Tierra.

La emergencia plena de la supermente puede llevarse a cabo mediante una manifestación soberana, un descenso a la consciencia-terrestre y una rápida ascensión de sus poderes y el despliegue de sus formas y la creación de una raza supramental y una vida supramental; esto debe ser, ciertamente, el resultado pleno de su acción en la Naturaleza. Pero este no ha sido el hábito de la Naturaleza evolutiva en el pasado en la Tierra y es posible que esta evolución supramental fije también sus períodos, aunque no puede tratarse de un desarrollo similar a aquél del que la Tierra ha sido testigo hasta ahora. Pero una vez ha comenzado, todo debe manifestarse inevitablemente y de modo perfecto, y todas las partes de la Naturaleza deben tender hacia la mayor luminosidad y perfección posible. Es esta certeza la que nos autoriza a creer que la mente la humanidad también tenderán hacia la realización que estará mucho más allá de nuestros sueños presentes de perfección. Una mente de luz reemplazará la presente confusión y el sufrimiento de esta ignorancia terrestre; es probable que incluso aquellas partes de la humanidad que no pueden alcanzarla, sean conscientes, no obstante, de su posibilidad y tiendan conscientemente hacia ella, no sólo eso, sino que la vida de la humanidad será iluminada, elevada, gobernada, armonizada por este luminoso principio e incluso el cuerpo se convertirá en algo mucho menos carente de poder, oscuro y animal en sus tendencias, y será capaz de una perfección nueva y armonizada. Es esta posibilidad la que debemos contemplar y que significaría una nueva humanidad elevada hacia la Luz, capaz de un ser y una acción espiritualizada, abierta al gobierno de alguna luz de la Consciencia –Verdad, capaz incluso a nivel mental y en su propio orden de algo que podría llamarse el comienzo de una vida divinizada.

VI

La Mente de Luz

Una nueva humanidad quiere decir, para nosotros, la aparición y el desarrollo de un tipo o raza de seres mentales cuyo principio mental no sería ya una mente en la Ignorancia que busca el conocimiento e incluso en su conocimiento limitada a la Ignorancia, un buscador de la Luz, pero sin ser su propietario natural, abierto a la Luz, pero no un habitante de la Luz, sin ser todavía un instrumento perfecto, consciente-de-la-verdad y liberado de la Ignorancia. En lugar de eso, poseería ya lo que podría denominarse una mente de Luz, una mente capaz de vivir en la verdad, capaz de ser consciente-de-la-verdad y de manifestar en su vida un conocimiento no ya indirecto sino directo. Su mentalidad sería un instrumento de la Luz y no ya de la Ignorancia. En sus cumbres sería capaz de pasar a la supermente y de la nueva raza se reclutaría la raza de seres supramentales que aparecerían como los líderes de la evolución en la naturaleza terrestre. Ahora bien, incluso las manifestaciones superiores de una mente de Luz constituirían un instrumento de la supermente, una parte de ella o una proyección suya, un paso más allá de la humanidad hacia la superhumanidad del principio supramental. Sobre todo, su posesión capacitaría al ser humano para elevarse más allá de lo que resulta habitual en su pensar, su sentir y su ser actuales hasta aquellos elevados poderes

de la mente que, en su auto-trascendencia, se hallan entre nuestra mentalidad y la supermente y pueden considerarse pasos que conducen hacia un principio más grande y más luminoso. Este avance, como otros en la evolución, puede que no se alcanzase de golpe, y lo natural sería que no sucediese de ese modo, pero desde el comienzo se convertiría en algo inevitable: la presión de la supermente creando desde arriba, a partir de sí misma, la mente de Luz conduciría a la certeza de su eventual aparición. Los primeros destellos de esta nueva Luz portarían en sí mismos la semilla de sus más elevados brillos; ya en sus primeros comienzos estaría implícita la certidumbre de sus poderes superiores; pues esta es la historia constante de cada emergencia evolutiva: el principio de su perfección más elevada se encuentra oculto de la involución que precede a la evo-lución del principio secreto.

A través de la historia de la evolución hay dos aspectos complementarios que constituyen su acción y son necesarios para su totalidad; en la involución de la Naturaleza se halla oculto el poder secreto y el principio del ser, bajo el velo impuesto por la Naturaleza material, y en esa misma Naturaleza mora la fuerza inevitable del principio que impulsa el proceso de emergencia de sus poderes y caracteres inherentes, los rasgos esenciales que constituyen su realidad. A medida que emerge el principio evolutivo, hay también dos rasgos constantes del proceso de emergencia: hay grados por los cuales la involución asciende y manifiesta cada vez más su poder, sus posibilidades, la fuerza de la Divinidad en su interior, y hay una constante manifestación de todos los tipos y formas de su ser que constituyen las encarnaciones visibles, indicativas y eficientes de su naturaleza esencial. En el proceso evolutivo aparecen formas y actividades organizadas de la Materia, los tipos de vida y los seres vivos, los tipos de mente y los seres pensantes, las luminosidades y las grandezas del principio espiritual y los seres espirituales, cuya naturaleza, carácter y personalidad, marcan las etapas de ascenso hacia las alturas más elevadas de la evolución y las manifestaciones más amplias de lo que es en sí mismo y ha de llegar a ser por la fuerza el tiempo y del Espíritu omni-revelador. Este es el verdadero sentido y el auténtico impulso de lo que vemos como evolución: la multiplicación y variación de formas no es sino el modo de realizar su proceso. Cada grado contiene la posibilidad y la certeza de los grados superiores: la emergencia de formas y poderes cada vez más desarrollados señalan hacia formas y poderes cada vez más desarrollados señalan hacia formas más perfectas y poderes más grandes que se encuentran más allá de ellos y cada emergencia de la consciencia y de los seres cons-cientes correspondientes a ella hace posible el ascenso a una consciencia más grande y un orden mayor de seres, hasta llegar a las divinidades últimas por las cuales la Naturaleza está luchando y se halla destinada a mostrar que es capaz. La Materia desarrolló sus formas organi-zadas hasta que llegó a ser capaz de encarnar organismos vivos; luego, la vida brotó del subconsciente de la planta hasta las formaciones animales conscientes y a través de ellas apareció la vida pensante del ser humano. La mente fundada en la vida desarrolló el intelecto, desarrolló sus tipos de conocimiento y de ignorancia, de verdad y de error hasta alcanzar la percepción y la iluminación espi-ritual y ahora puede contemplar, de manera tenue, como a través de un cristal, la posibilidad de la supermente y de una existencia consciente-de-la-verdad. En este inexo-rable ascenso, la mente de Luz es un grado, un estadio inevitable. En tanto que principio evolutivo, marcará una etapa en el ascenso humano y permitirá la evolución de un nuevo tipo de ser humano; este desarrollo debe llevar en sí mismo una gradación ascendente de sus propios poderes y tipos de una humanidad en ascenso que en-carnará cada vez más el giro hacia la espiritualidad, la capacidad para la Luz, un ascenso hacia la humanidad divinizada y una vida divina.

En el nacimiento de la mente de Luz y su ascenso hacia su propio yo reconocible, su verdadero estatus y su provincia correspondiente tiene que haber, por la propia naturaleza de las cosas, tal como son, y la naturaleza misma del proceso evolutivo, tal como es actualmente, dos etapas. En la primera, podemos ver la mente de Luz recogiendo en sí misma a partir de la Ignorancia, reuniendo a sus elementos constitutivos, construyendo sus configuraciones y sus tipos, por imperfectos que sean al comienzo y empujándoles hacia la perfección hasta poder cruzar la frontera de la Ignorancia y aparecer en la Luz, en su propia Luz. En la segunda etapa, podemos verla desarrollándose en esa luz natural más amplia, adoptando sus configuraciones y formas hasta que se une con la supermente y vive como su porción subordinada o su delegada. En cada una de estas etapas definirá sus propios grados y manifestará el orden de sus seres que la encarnarán y le proporcionarán una vida realizada. De este modo, se edificará, en primer lugar, incluso en la Ignorancia, la posibilidad de un ascenso humano hacia un vivir divino; luego habrá, mediante la iluminación de esta mente de Luz en la realización más elevada, que puede denominarse “mentalidad gnóstica”, en una transformación del ser humano, incluso antes de que se alcance la supermente, incluso en la consciencia terrestre y en una humanidad transformada, una vida divina iluminada.

VII

La Supermente y la Mente de Luz

El carácter esencial de la supermente es una Consciencia-Verdad que conoce por su propio derecho natal, por su propia luz: no tiene que llegar al conocimiento, sino que lo posee. Ciertamente, puede -sobre todo en su acción evolutiva- mantener el conocimiento detrás de su consciencia aparente y llevarlo adelante, como si lo extrajese de detrás del velo; pero incluso en ese caso, este velo es sólo una apariencia, y en realidad no existe: el conocimiento estaba siempre allí, la consciencia era su poseedora y su actual reveladora. También esto es sólo en el juego evolutivo, pues en el plano supramental la consciencia vive siempre en una inmediatez cognitiva y actúa mediante un conocimiento directo, de manera inmediata. En la Mente, tal como la vemos aquí, la acción es muy diferente; comienza a partir de una evidente ausencia de conocimiento, una visible ignorancia o nesciencia, incluso -en la Naturaleza material- a partir de una inconsciencia en la que no parece existir ningún tipo de conocimiento. Logra el conocimiento o la acción cognitiva a través de pasos que no son inmediatos; más bien, al comienzo, el conocimiento parece completamente imposible y algo ajeno a la sustancia misma de esta Materia. Y sin embargo, en la ceguera de la Materia misma hay signos de una consciencia oculta que en su escondido ser fundamental ve y tiene el poder de actuar de acuerdo a su visión e incluso mediante una inmediatez infalible que es inherente a su naturaleza. Se trata de la misma Verdad que resulta evidente en la Supermente, pero que aquí se halla implícita y parece que no exista. La Mente de Luz es una acción subordinada de la Supermente, dependiente de ella, aunque no de la impresión de brotar directamente de ella, de allí donde el secreto de esta conexión se convierte en algo evidente y palpable.

La Consciencia-Verdad no es sólo un poder cognitivo; es un ser de consciencia y conocimiento, la dinámica luminosa y multifacética del Espíritu omnisciente; en ella puede haber un sentimiento espiritual, una sensación espiritual, una esencialidad de

sustancia espiritual que sabe y revela, que actúa y se manifiesta en una omni-ciencia que es una con la omnipotencia. En la Mente puede hallarse esta Consciencia-Verdad y estas operaciones de la Consciencia-Verdad e incluso, a pesar de que en la Mente se auto-limita y emplea unas operaciones subordinadas o indirectas, su acción puede ser esencialmente la misma. Puede haber incluso una inmediatez oculta que apunta a la presencia de algo absoluto y evidencia la misma omnipotencia y omnisciencia. En la Mente de Luz, cuando se llega a desplegar plenamente, este carácter de la Verdad se revela aunque a través de un velo que es transparente, aun cuando parezca cubrirla: pues también ella es una consciencia-verdad y un auto-poder del conocimiento. También esto procede de la Supermente y depende de ella, aunque sea limitado y subordinado. Lo que hemos denominado específicamente Mente de Luz es, ciertamente, el último de una serie de planos de consciencia descendentes en los que la Supermente se vela mediante una limitación auto-elegida o una modificación de sus actividades auto-manifestadoras, pero su carácter esencial sigue siendo el mismo: hay en ella una acción de luz, de verdad, de conocimiento en la que la inconsciencia, la ignorancia y el error no tienen lugar. Procede de conocimiento en conocimiento, todavía no hemos cruzado las fronteras que separan la verdad-consciencia de la ignorancia. Los métodos son también los de un conocer, un ver y un sentir auto-luminosos, así como los de una acción que es ejecuta a sí misma dentro de sus propias fronteras; no hay necesidad de buscar algo perdido, ni titubeos ni dudas: todavía es la acción gnóstica de un poder gnóstico y un principio gnóstico. Se ha producido un descenso desde la plena Supermente hasta la Mente, pero esta Mente, aunque auto-limitada, no es todavía una consciencia agnóstica insegura de sí misma o de sus operaciones; todavía hay una consciencia comprensiva, capaz de aprehender de manera directa su objeto y de no perder la pista o tener que ir a la caza en la oscuridad o en una luz insuficiente. Ella ve, sabe, pone sus manos inmediatamente sobre las cosas de la Naturaleza, así como sobre los propios asuntos. Hemos pasado a la Mente, pero la Mente no ha roto todavía su conexión inherente con el principio supramental.

No obstante, es cierto que se produce una progresiva auto-limitación que comienza incluso con la Sobremente: la Sobremente se halla separada sólo por una frontera luminosa de la luz y el poder plenos de la Verdad supramental y todavía posee un acceso directo de todo lo que la Supermente puede ofrecerle. Hay una posterior limitación o cambio de acción característica en cada paso descendente desde la Sobremente a la Intuición, desde la Intuición a la Mente Iluminada, de la Mente Iluminada o lo que he llamado la Mente Superior: la Mente de Luz es un paso provisional por el que podemos transitar desde la supermente y la superhumanidad hacia una humanidad iluminada. Pues la nueva humanidad será capaz al menos de un modo parcialmente divinizado de ver y vivir, pues vivirá en la luz y el conocimiento y no en la oscuridad de la Ignorancia.

Aún así, habrá una diferencia entre el superhombre y el hombre, una diferencia en la naturaleza y en el poder, pero especialmente una diferencia en el acceso y el modo de admitir la Consciencia-Verdad y sus actividades. Ciertamente, puede que haya dos órdenes de su verdad: directo y semi-directo, inmediato y próximo o incluso sólo una recepción a distancia. Pero esto lo abordaremos más adelante; ahora basta con observar ciertas diferencias en el orden descendente de la mente gnóstica que culmina aquí. Podemos decir que existe un hemisferio superior de nuestro ser en el que la Mente luminosa y consciente de sus operaciones vive todavía en la Luz y puede considerarse un poder subordinado de la Supermente; todavía es un agente de la Consciencia-Verdad,

un poder gnóstico que no ha descendido a la ignorancia mental; es capaz de una gnosis mental que conserva su conexión con la luz superior y actúa por su poder. Este es el carácter de la Sobremente en su propio plano y de todos los poderes que dependen de la Sobremente. La supermente opera allí, pero a un paso de distancia, como si lo hiciera a través de algo que ha producido a partir de sí misma, pero que ya no es completamente ella misma, sino un delegado de la Verdad investido de su autoridad. Vamos acercándonos a una frontera más allá de la cual comienza la posibilidad de la Ignorancia, pero la Ignorancia todavía no está ahí. En el orden del descenso evolutivo, en esa frontera nos hallamos en la Mente de Luz y un paso más hacia abajo puede llevarnos más allá de ella, hacia los comienzos de una ignorancia que todavía porta en su rostro algo de la luminosidad que está dejando detrás de sí. Por otra parte, en el orden ascendente de la evolución alcanzamos una transición en la que vemos la luz, estamos vueltos hacia ella, se refleja en nuestra consciencia y un paso más allá nos lleva al dominio de la Luz. La Verdad se hace visible y audible para nosotros y estamos en comunicación inmediata con sus mensajes e iluminaciones y podemos crecer en ella y hacernos uno con su sustancia. Así pues, hay una sucesión de rasgos de la consciencia que podemos considerar como propios de la Mente, pero que pertenecen prácticamente al hemisferio superior, aunque en su estación ontológica se hallan dentro del dominio del hemisferio inferior. Pues la totalidad del ser es una totalidad interrelacionada, sin saltos bruscos, desde el principio de la Verdad y la Luz hasta sus opuestos. La verdad creativa de las cosas opera y puede operar de manera infalible incluso en el Inconsciente: el Espíritu se encuentra allí en la Materia y ha elaborado una serie de pasos por los que puede viajar hacia sus propias alturas en una línea ininterrumpida de grados: las profundidades están unidas a las alturas y la Ley de la Verdad única crea y opera es todas partes.

Incluso en el mundo material que nos parece un mundo de ignorancia, un mundo de operaciones de una Fuerza ciega e inconsciente que parte de la inconsciencia y pasa por la Ignorancia hasta alcanzar con dificultad una Luz y un Conocimiento imperfecto, hay una Verdad secreta en las cosas que organiza todo, guía hacia el Yo muchos poderes contrarios del ser y se eleva hacia sus propias alturas en las que puede manifestar su propia verdad suprema y realizar el propósito secreto del universo. Incluso este mundo material de la existencia se construye sobre un patrón de la verdad en las cosas que llamamos Ley de la Naturaleza, una verdad desde la que ascendemos a una verdad superior hasta que emergemos en la Luz del Supremo. Este mundo no ha sido creado por una fuerza ciega de la Naturaleza; incluso en el Inconsciente se halla operativa la presencia de la Verdad suprema; hay un Poder capaz de ver detrás de ella que actúa infaliblemente y los pasos de la propia Ignorancia están guiados aun cuando da la impresión de que se camina a trompicones; y es que, en realidad, lo que llamamos Ignorancia no es sino el Conocimiento encubierto, un Conocimiento que actúa en un cuerpo que no es el suyo, pero que se dirige hacia su propio auto-descubrimiento supremo. Este Conocimiento es la Supermente velada que constituye el soporte de la creación y conduce a todas las cosas hacia sí misma y guía desde detrás de esta multitud de mentes y criaturas y objetos que dan la impresión de que cada uno siga la ley de su propia naturaleza. En esta masa de la existencia vasta y aparentemente confusa hay una ley, una verdad del ser, un propósito que guía y plenifica la existencia del mundo. La Supermente está velada aquí y no trabaja según la ley característica de su ser y su autoconocimiento, pero sin ella nada podría lograr su objetivo. Un mundo gobernado por una mente ignorante pronto derivaría hacia el caos. En realidad, no podría venir a la existencia ni permanecer en ella a menos que se hallase soportado por la secreta

Omnisciencia de la que es cobertura. Un mundo gobernado por una fuerza ciega inconsciente podría repetir constantemente las mismas operaciones mecánicas, pero no tendría ningún significado y no iría a ninguna parte. Esto no podría ser la causa de una evolución que crea la vida a partir de la Materia, a partir de la vida crea la Mente y una gradación de planos de la Materia, la Vida y la Mente que culmina en la emergencia de la Supermente. La verdad secreta que emerge en la Supermente ha estado allí todo el tiempo, pero ahora se manifiesta a sí misma. Manifiesta la verdad de las cosas y el significado de nuestra existencia.

Es en esta serie del orden de la existencia y en tanto que última palabra del hemisferio inferior del ser, la primera palabra del hemisferio superior, que tenemos que mirar a la Mente de Luz y ver cuál es su naturaleza y los poderes que la caracterizan y que utiliza para su automanifestación y sus consecuencias y posibilidades para la vida de una nueva humanidad.

INDICE

Introducción. Mensaje.....	11
I La Perfección del Cuerpo.....	17
II El Cuerpo Divino.....	22
III La Supermente y la Vida Divina.....	63
IV La Supermente y la Humanidad.....	75
V La Supermente y la Evolución.....	89
VI La Mente de Luz.....	97
VII La Supermente y la Mente de Luz.....	101
Libros de Sri Aurobindo y de la Mente	109